

CARLOS FELIPE



contemporáneos 

LIBRERIA
MAYOR DE VENEZUELA

CARLOS FELIPE



DERECHOS RESERVADOS
© EDICIONES UNIÓN
DISEÑO DE H. VILLAVERDE



Library
UNIVERSITY OF MIAMI

UNIDAD 274-05-08 / ECAG. / BENJUMEDA 407 / LA HABANA, CUBA

MV 9/13/71

LOS COMPADRES

COMEDIA EN UN ACTO

INDIO. Que el Pico Matías está lejos..

CAELA. Lo sé.

INDIO. ¡Alto! ¡Muy alto!

CAELA. ¡Mejor! ¡Mientras más alto, mejor! ¡Enséñame el camino!

(Se levanta, con la niña en los brazos. Se van. Queda la escena vacía un segundo.)

TELÓN

EL CHINO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Primer Premio

del

Primer Concurso de Obras Teatrales

de

TEATRO ADAD

PERSONAJES:

PALMA

RENATA LA SILENCIOSA

NENA LA RUBIA

ALAMEDA

CARIDAD

JUANA, CRIADA

JOSÉ EL MEXICANO

LUIS, EL CHINO

SANTIZO

SERGIO

ROBERT

Un guitarrista; un borracho; electricistas y tramoyistas, etc.

La acción en La Habana; época actual.

PRIMER ACTO

Sala elegante. Puertas laterales y al fondo a un jardín. En escena Palma y Sergio. La primera está bundida en los cojines de un amplio diván. Oye con desagrado a Sergio, que le habla desde la puerta del jardín.

SERGIO. Te dejaré tranquila. Una vez más. Ya mañana no podría molestarte, aunque quisiera.

PALMA. Vete, sí; acaba de irte... Me duele la cabeza...

SERGIO. ¿Cuándo no te duele la cabeza? Cuando sales de compra. Por cierto que ayer te despachaste a tu gusto.

PALMA. Una compra insignificante: un traje azul.

SERGIO. Presiento que el importe de la factura no es insignificante. ¿Te veré con ese traje? ¿Luces bien con él?

PALMA. No sé.

SERGIO. Irás a despedirme mañana. Puedes estrenarlo.

PALMA. No sé si iré a despedirte. Aunque fuera no me lo estrenaría. No es con exactitud un traje de mañana.

SERGIO. Me agradecería. Me gusta verte vestida de ese color... Me llevaría de ti un recuerdo «en azul»...

PALMA. De ningún modo, con lo criticonas que son tus hermanas: Irán al aeropuerto con seguridad sólo para molestarte. ¡Tan ridículas!

(Entra la criada.)

SERGIO. *(A la criada.)* La bolsa con hielo para la cabeza de la señora. *(Sale la criada.)*

PALMA. ¡Vete, Sergio, por favor!... Tengo una jaqueca terrible.

SERGIO. Te mandaré desde la Argentina semillas de flores exóticas para que las cultives en tu jardín. Me veo por los comercios de floricultura de Buenos Aires eligiendo ejemplares raros. ¡Pasáramos momentos agradables si fueras conmigo!

PALMA. No insistas, Sergio. Sabes que no iré. Me molesta que me trates este asunto. *(Pausa.)*

SERGIO. ¿Que tiempo hace que nos conocemos? Se me ha ocurrido hacerte esa pregunta

PALMA. No sé. Dos años o más...

SERGIO. Consulta tu diario, hazme el favor. Deseo conocerlo con alguna precisión.

PALMA. Sabes que en mi diario no hay nada anotado en relación con nuestro encuentro.

SERGIO. Te pudiste referir al cambio de domicilio. Es verdad que en esa época, un cambio de domicilio no era un acontecimiento «anotable» para ti.

PALMA. Vete. ¡Vete! Eso es lo que buscabas, herirme una vez más; recordarme hasta el último día que «me sacaste del fango», como dicen tus ridículas hermanas.

SERGIO. Mis hermanas no mienten cuando dicen que tú eres el «artículo que todos probaron y que nadie se decidió a comprar».

PALMA. ¡Mentira! Para vivir contigo rompí mi compromiso matrimonial con Ortega. Hoy sería la esposa de un industrial distinguido.

SERGIO. Hoy eres la amante de un diplomático distinguido. Sa-liste ganando. La elección fue tuya.

PALMA. *(Grita.)* ¡Juana, la bolsá!

(Entra la criada.)

SERGIO. Juana, la bolsa con hielo para la cabeza de la señora.

PALMA. ¿No ha llegado el chino?

JUANA. Sí, pero salió a buscar a la Silenciosa.

PALMA. *(Irguiéndose.)* Pero, ¿se escapó la Silenciosa?

JUANA. No pude evitarlo.

PALMA. ¿No te ordené que la encerraras?

JUANA. *(Molesta.)* Que la encerrara... Pero ¿qué diablos te figuras tú? Yo soy una criada, no una carcelera. ¡Como si se pudiera tener encerrada a esa mujer, más delgada que una aguja!

SERGIO. Modérese, Juana, que estoy presente.

JUANA. Es que esta mujer me saca de quicio, señor... Primero el chino, después la Silenciosa. ¡Estoy harta!

PALMA. Si se pierde... Si no regresa...

JUANA. No vamos a tener esa suerte... Estará sentada en un parque, como de costumbre. *(Se va.)*

PALMA. Tanto esfuerzo y tanto dinero que me costó hallarla... ¡Sería una desgracia perderla!

SERGIO. No creo que la Silenciosa sea imprescindible.

PALMA. Lo es. Ella era la que entraba, la que interrumpía, la que oyó lo que hablamos.

SERGIO. ¿Ha podido recordar algo?

PALMA. Nada, no recuerda nada. Nadie recuerda; sólo yo lo recuerdo todo. *(Pausa.)*

SERGIO. *(Despectivo.)* ¡La Silenciosa! *(Se acerca a Palma y la besa compasivo.)* ¡Pobre querida mía! Te obstinas en rechazar un último auxilio...

PALMA. ¿Me perdonas, Sergio? Estoy nerviosa. Sabes cuánto me ha tenido preocupada lo que va a suceder esta noche.

SERGIO. ¿Será esta noche?

PALMA. No quiero posponerlo.

SERGIO. Eso quiere decir que...

PALMA. Continúa..

SERGIO. Nada. No iba a decir nada que te interesara.

PALMA. *(Íntima.)* Todo lo que puedas decirme tiene interés para mí... aunque yo finja otra cosa.

SERGIO. *(Sentado junto a ella.)* Palma, hace hoy exactamente dos años y tres meses que nos conocemos. He sido feliz contigo. Si no ha sido recíproco el afecto, por lo menos has tenido a mi lado una sana tranquilidad.

PALMA. No puedo decir que a tu lado no haya gozado yo de muchas pequeñas satisfacciones.

SERGIO. Exacto. Esas satisfacciones menudas que tanto importan a la mujer... A partir de mañana todo habrá cambiado. Estaremos separados el uno del otro. No hay entre nosotros otro punto de unión que no sea mi cariño... En fin, ¿es posible que todo se acabe!

PALMA. ¿A qué volver a lo mismo? Te rogué mucho que no aceptaras ese nombramiento. Sabías que yo no puedo salir de La Habana. No puedo...

SERGIO. Es sensible. Por otra parte yo no puedo seguir supeditado a tus...

PALMA. Majaderías... Di majaderías... No digas «lo otro», Sergio, que tengo un dolor de cabeza atroz.

SERGIO. ¡Chiquilla! (*Transición brusca.*) ¿Te he dicho, Palma, que en Buenos Aires hay muy buenos profesionales a los que pudiera interesar tu «caso»?

PALMA. (*Intrigada.*) ¿Mi caso? ¿Qué profesionales?

SERGIO. Médicos.

PALMA. ¿Médicos? (*Se levanta y corre por la escena, como buyendo. Más tranquila, ante la ventana del jardín.*) No caigas en el lugar común de relacionarlo todo con la ciencia. Dijiste ayer que las divulgaciones científicas están ocasionando mucho daño a la humanidad, y que eso de encontrarse a Freud hasta en la sopa ya resultaba insoportable. La mía no es cuestión que pueda resolver un médico.

SERGIO. Pero sí un chino... ¿Será un médico chino? Una señora llamada Renata la Silenciosa... un escenógrafo de costumbres exóticas...

PALMA. No sé a qué sacar ahora las costumbres de Robert.

SERGIO. Me «chocan», me «chocan» las costumbres de Robert.

PALMA. ¿Y no te «chocan» las costumbres del Ministro? Bien que te desvives por reírles las gracias, sus gracias insulsas.

SERGIO. (*Ríe.*) Un personaje que puede firmar un nombramiento es una persona muy simpática. Siéntate aquí. Aprovechemos el tiempo que te dejan libres esos señores. (*Se sienta.*) (*Voces que discuten.*) ¿Qué sucede? ¿Otro fenómeno? No conozco esa voz.

PALMA. Yo tampoco. Será Alameda, que llegaba ahora.

SERGIO. Te decía que esta primera separación puede ser definitiva. Ya siento inclinaciones al refugio permanente. Ya me causa algo el juego del amor. A mi edad se prefiere tenerlo en casa y recibirlo en cómodas pantuflas.

PALMA. Mientras oyes en la radio las últimas noticias del día arrellanado en cómoda butaca...

SERGIO. Aparte de que en mi profesión es de buen tono ir acompañado de una dama; si siempre es la misma, mejor; si la dama es bella y elegante, parecida a ti, mejor aún. Mi elección está hecha. Tengo dinero, y lo que es más importante, el buen humor necesario para soportar tu carácter.

PALMA. Si no fueras algo cínico, serías un hombre perfecto.

SERGIO. Muy someramente he pintado mi actual situación, en vísperas de salir en una misión diplomática importante...

PALMA. (*Irónica.*) De la que depende la paz del mundo...

SERGIO. (*Que no la ha oído.*) Y tu situación, ¿cuál es? Incierta, peligrosa... ¿Qué edad tienes, Palma?

PALMA. Sabes que acabo de cumplir los veintinueve.

SERGIO. Mentira. Digamos treinta y cuatro.

PALMA. ¡Treinta y cuatro! Sólo a ti se te ocurre pensar que yo pueda tener treinta y cuatro años. El que te oiga, pensará que tienes «fundados» motivos para creerlo así. Y no los tienes. ¡No los tienes!

SERGIO. No los tengo, no. Te hago esa justicia. Te conservas espléndidamente en los veinticinco. Pero dejemos la edad.

PALMA. Sí, dejemos la edad, que no viene a cuento. Siempre me has dicho que tu amor estaba por encima de esas miserias.

SERGIO. ¡Chiquilla loca! (*La besa.*) Y es cierto. Traje a colación el tema «intocable» porque era preciso hablarte de años, para tu bien. (*Le acaricia los ojos y la frente.*) ¡Ese gris que irrumpe en la raíz de tus cabellos!

PALMA. Las canas prematuras es un mal de familia. Mamá desde que tenía quince años...

SERGIO. No repitas la historia. Es inútil que trates de olvidar qué ya no eres una niña...

PALMA. Tanto como una niña...

SERGIO. Que pasó para ti la época de los éxitos fáciles...

PALMA. Vete, Sergio.

SERGIO. Ven conmigo a Buenos Aires, Palma. ¿Dónde has de encontrar otro Sergio que cargue con tus... «majaderías»?

PALMA. Vete y déjame tranquila. Olvídame. No sería feliz a tu lado. Nunca lo he sido.

SERGIO. Acaso a mi lado has sido feliz, sin tú saberlo.

PALMA. Aquella noche conocí la felicidad... sé lo que es. No he vuelto a sentirla. Siempre me exigirás con derecho una reciprocidad imposible... siempre tendría que estar disfrazado con las rarezas de mi carácter, la frialdad de mi corazón. Estoy cansada de esta mentira. Por otra parte tengo derecho a ser feliz: me siento incom-

pleta; estoy obligada a esa búsqueda que tanto odias. Las noches me asustan. Tú oirías complacido la radio, sin importarte que yo esté temblando en la ventana, esperando ese calor que deseo.

SERGIO. Sería provechoso que pudieras precisar lo que entiendes por «dicha».

PALMA. Nadie puede hacerlo, supongo. Es un estado de «plenitud» muy personal.

SERGIO. Algo así como una llave de buena marca que sólo abre la cerradura de su razón. Y ¿qué me dices de las llaves maestras, las que convienen a todas las cerraduras?

PALMA. No sé nada de llaves maestras. Fue tan breve «mi dicha» que no conservo de ella un rasgo esencial. Me evoca el sentimiento de la ternura... ¡Es curioso!

SERGIO. ¡La ternura!

PALMA. Por eso amo tanto los niños. No hay nada más tierno que un niño.

(*Entran la criada, Alameda y Caridad.*)

ALAMEDA. A mí hay que recibirme en seguida. Si estoy aquí, es porque me llamaron.

CRIADA. Estas señoras desean verla a usted.

PALMA. Las estoy esperando. Sergio, me has hecho llorar y debo estar terrible... ¿Qué pensarán estas señoras? Por eso quería que te fueras... Vete ahora.

SERGIO. Me interesan los espectáculos novedosos. Juana, haga sentar a estas señoras. (*Sale la criada.*)

ALAMEDA. Muchas gracias, caballero. Es usted muy amable. No hay como la gente fina... ¡Ay, como se hunde este asiento!

CARIDAD. ¡Ay, niña, qué bruta eres! Déjate caer y ya está... así.

PALMA. Ustedes son Alameda y Caridad, seguramente.

ALAMEDA. Esta es Caridad; yo soy María Rodríguez, conocida por Alameda; pueden llamarme Alameda.

CARIDAD. Ahora me entero que te llamas María Rodríguez.

ALAMEDA. Déjate de cuentos que tú me conoces bien.

CARIDAD. ¡Ay, hija, si nadie te llama por tu nombre!

ALAMEDA. Porque la gente es como es, que le pone nombre a todo. Ahora, que a mí no me importa. No voy a hacer como tú, que te «fajas» cuando te dicen...

SERGIO. (*Tose interrumpiendo.*) Han sido ustedes muy amables en venir.

ALAMEDA. Vine porque me conviene.

PALMA. Nena la Rusia les diría que sus servicios les serán bien remunerados.

ALAMEDA. Eso nos dijo.

PALMA. Fue difícil encontrarlas...

ALAMEDA. Imagínese, el negocio por Belén se ha puesto malo, y cada una ha tenido que «tumbar» para otros barrios. Yo «caí» en Atarés. Esta fue a «parar» a Santiago de Cuba.

SERGIO. Como se llama... Caridad, iría a visitar a su patrona.

CARIDAD. Me fui para casa. Allí tengo mi familia. Volví a La Habana hace un mes. Aquello está «de perros».

PALMA. Nena la Rubia no las encontraba por ningún sitio.

ALAMEDA. Porque no le daba la gana. Nena sabía que me podía encontrar en Atarés.

PALMA. Me ha dicho Nena que ustedes no recuerdan al marinero mexicano del «Red Bay»

ALAMEDA. No me acuerdo, no; ni ésta tampoco.

PALMA. Se llamaba... se llama José.

ALAMEDA. ¡José! ¡Válgame Dios, con los Josés que hay por el mundo!

PALMA. Sus compañeros le decían Tampico.

ALAMEDA. A todos los marineros los llaman por el puerto de origen. Si se enrolan en La Habana, durante todo el vieja los llaman «Habana», aunque sean de la Patagonia.

PALMA. Este es mexicano. Así me lo dijo. Además tiene... tenía acento... ¿Vivieron ustedes durante mucho tiempo en la calle Damas?

ALAMEDA. En Damas y Desamparados. En los altos estaba la posada del chino Luis. Nena me estuvo hablando de las canciones.

CARIDAD. Fue un buen tiempo aquél, ¿eh, Alameda?

ALAMEDA. Como que éramos jóvenes. Hemos estado ensayando.

CARIDAD. Ahora no estamos bien de voz, pero en aquella época había que oírnos. Hacíamos un dúo, ¿eh, Alameda? Por cierto que a Nena la Rubia, que como usted sabrá era la dueña de la casa, no le gustaba que cantáramos, pero nosotros nos despachábamos a nuestro gusto, cantando las cosas viejas. Dice Nena que la noche que usted nos oyó, alguien nos acompañaba en la guitarra: Era el Placero, un mulato de la calle de San Isidro.

(*Entra Robert. Trae en la mano una camisa roja.*)

ROBERT. (*A Palma.*) Mira, ésta es la camisa.

PALMA. Es exactamente el tono que quería.

SERGIO. El chino ha dicho que jamás se ha puesto camisas de ese color.

PALMA. Te he dicho que no importa: yo la vi así.

SERGIO. A fin de cuentas, va a tratarse de lo que tú viste, y no de lo que vio el chino. Yo opino...

ROBERT. Se le ha explicado, Sergio, que somos sensibles al color y forma de las prendas que usamos según la impresión que producimos en las personas que nos miran. Si Palma «ve» roja la camisa, el rojo es el color que «sentirá» el chino, Alameda y Caridad, ¿no?

ALAMEDA. Las mismas. Y usted será Robert, algo así como el director de escena; no se despinta. Usted nos dirá lo que tenemos que hacer.

ROBERT. ¡Cantar! ¡Cantar, hijas mías! usted no tiene que hacer otra cosa sino cantar... ¡Cantar con esa voz!

ALAMEDA. ¿Qué le pasa a mi voz?

CARIDAD. Ese Robert se ha equivocado contigo.

SERGIO. Robert, no es conveniente que moleste a estas damas. No sería correcto; y como no son de las que emplean la perífrasis en la conversación, tendríamos que oír epítetos desagradables.

ROBERT. Está usted hoy muy incisivo.

SERGIO. Llámeme cínico si lo desea. No habrá de ofenderme.

ROBERT. (*Estudiando la escena.*) Ya es hora de ir arreglando esto. Hay mucho que hacer. Los hombres están trabajando desde por la mañana. Si no fuera por esa precipitación tuya, mañana todo habría resultado mejor... El trasto del fondo no va a cubrir completamente esta ventana... ¡y lo dije! No hay modo de que hagan las

cosas como uno quiere. Hay que empezar a arreglar esto enseguida, Palma.

PALMA. Comienza cuando quieras.

ROBERT. Ya está el personal. Los efectos lumínicos y de sonido están preparados. Creo que bien. Sólo me disgustan los decorados... ¡Esos tonos! ¡Terribles! ¡Terribles! Por suerte esto no habrá de verlo nadie de nuestro mundo artístico, si no, mi reputación rodaba por el suelo... (*Grita.*) ¡Palma, me prometiste que esto no lo vería nadie! ¡Me lo juraste!

SERGIO. Ese punto ha sido discutido, y cuidando su reputación hemos desistido de hacer algunas invitaciones. Puedo asegurarle que nadie verá esto.

ROBERT. Eso me tranquiliza mucho.

ALAMEDA. Caridad, parece que nosotras no vamos a ver esos decorados que disgustan al señor.

ROBERT. Ustedes sí los verán, seguramente.

ALAMEDA. Y ¿qué? ¿nosotras no somos personas?

ROBERT. ¡Ay, hija mía, pero ustedes no pertenecen a nuestro mundo artístico, ¡afortunadamente! (*Se va.*)

ALAMEDA. Señora Palma, no me gusta este hombre. Dígame que no se «meta» conmigo porque tengo mala sangre y se va a acabar esta función como la fiesta de Buchito.

CARIDAD. (*Riéndose.*) ¡La fiesta de Buchito! ¡De lo que te vienes a acordar!

SERGIO. ¿Qué sucedió en la fiesta de Buchito?

PALMA. No sé qué te interesa lo que sucedió en esa fiesta.

ALAMEDA. Pues verá; la familia del mulato Buchito, un barbero de la calle Picota, se fue al campo a pasar las Pascuas. Por motivos de salud se quedó en La Habana Buchito y un hijo suyo, un mulato de «muy buen ver», que tenía revuelto todo el barrio. La familia de Buchito era muy decente, «de lo más distinguida». Buchito —aparte de que le gustara tomarse un trago de vez en cuando, de donde le vino el apodo— era un señor muy serio. Recitaba versos y siempre tenía un refrán y un consejo para cada uno.

CARIDAD. ¡Qué «lata» daba con aquello de

*Hojas del árbol caídas,
juguetes del viento son!..*

ALAMEDA. ¡Pobre viejo! Murió hace muchos años. Pues verá. La noche del veinticinco de diciembre, el hijo de Buchito...

CARIDAD. Se llama Rafael, Alameda. Después se puso a vivir con una pardita de Luz y Curazao.

ALAMEDA. Rafael, es verdad. Pues le pidió al padre que le dejara la casa para celebrar una reunión con un grupo de amigos; y le dijo que se fuera para que no estuviera molesto en aquella reunión de jóvenes, y que no volviera hasta la madrugada. Buchito accedió rogándole a Rafael que no se «pasaran» en la diversión, ni gritaran, para no molestar a los vecinos, que tenían de aquella familia muy buen concepto. Cuando Buchito regresó a las tres de la mañana, se encontró en la puerta de la casa la «jaula» de la policía. Se abrió paso por entre los curiosos y llegó a la puerta para saber qué sucedía. «¿Quién es usted?» —le preguntó un guardia. «¿Que quién soy yo? Yo soy el dueño de la casa.» «Pues a usted es precisamente al que buscamos, por autorizar en su casa este baile indecente, al estilo de Manzanillo.» Y fue a parar «de cabeza» a la «jaula» el pobre Buchito. *(Caridad se ha reído mucho durante la narración; al final estalla en estridentes carcajadas.)*

¡Ay, niña, qué manera más grosera de reírte!

SERGIO. *(A Palma.)* Muy simpático el cuento. ¿No te ha hecho gracia?

PALMA. *(Seca.)* Ninguna.

SERGIO. Estás en lo tuyo. ¿En qué piensas?

PALMA. Estoy preocupada. No sé.

ROBERT. *(Entrando.)* Un momento, por favor, vamos a hacer cambios.

SERGIO. *(A Palma, indiferente ante los movimientos de Robert.)* Acabo de enterarme de algo... importante: de tu interés en celebrar «esto» esta noche, no obstante las recomendaciones en contrario de tu querido Robert.

PALMA. No quiero demorar, ¿para qué?

SERGIO. Quieres conocer el resultado de «estos» antes de mañana, para decidir esta noche si te vas conmigo.

PALMA. Te equivocas. No me iré contigo sea cual fuere el resultado de la prueba. Si fracaso, si no recuerda el chino, si no tengo de inmediato el medio de conseguir lo que busco... lo seguiré buscando.

(Después de Robert entran los tramoyistas, electricistas, etcétera, y se entregan al trabajo. Descuelgan cuadros y lámparas; trasladan muebles, dejando únicamente los que la dirección señale, necesario al juego escénico, como el diván, etc. Es la idea de que sin interrumpirse la acción, y a la vista del público, y casi sin que éste lo advierta, se realice la mutación única de la comedia: dentro de una sala elegante —que no ha de desaparecer completamente— el interior de la posada del chino Luis, pasando por la breve escena del parque, que se logrará con un banco y fondo apropiado. La dirección, a su juicio, hará que los personajes, con algún comentario, aludan a los cambios que se realizan, para no hacerlos extraños e insensibles a circunstancias poco comunes.)

(Entra Nena la Rubia. Una señora ágil, no obstante su obesidad. Trata de ocultar cincuenta años de vida borrascosa. Cosméticos; exceso de indumentaria; sombrero; cartera voluminosa.)

NENA. *(Sofocada.)* No me digan que he llegado tarde.

SERGIO. Usted siempre llega a tiempo.

NENA. Alameda y Caridad a la vista... ¡Qué cansada estoy! Un vaso de agua, hija mía, ten la bondad. *(Sergio llama.)*

PALMA. ¿Hizo la investigación?

NENA. La última investigación está hecha. Resultado, negativo. He recorrido Belén de punta a cabo. Nada. Ay, Dios mío, cómo está aquello! Hay que verlo de cerca, Alameda de mi alma. ¡Cómo nos han puesto el barrio! ¿Quién conoce a Desamparados? En unos meses esta maldita gente de «Obras Públicas» ha arrasado con aquello. ¿Quién conoce ahora la Alameda de Paula que nosotros conocimos?

(Entra la criada.) Un poco de agua, hija mía. Si tienes algo caliente para matar la sed, mejor. *(Se va la criada.)* ¡Desamparados! ¡Desamparados! ¡Quién te ha visto y quién te ve!

CARIDAD. ¡Desamparados!

ALAMEDA. ¡Damas y Desamparados! De aquello, nada.

NENA. Nada. Me encontré ahora con algunas caras del buen tiempo viejo, Mariana Rodríguez, Josefa la gallega, Armando el cantinero...

ALAMEDA. Armando el cantinero, ¡qué blanco más «salao»!

NENA. Está que «ni su sombra»: Flaco, malo, pesado... Me entró una tristeza, Alameda, al llegar a la esquina...

ALAMEDA. ¡Qué esquina aquella!

CARIDAD. ¡Damas y Desamparados!

ALAMEDA. Con sus accesorias de dos pisos y sus «solares» de pobres acomodados...

NENA. Quise pararme en el mismo sitio donde estuvo «la casa». Me planté en plena calle. Tuve que hacer cálculos. Me guié mirando una ventana de los muelles... Siempre miraba esa ventana cuando estaba «en la guardia» de la puerta. Hacía un sol espléndido... (*Entra la criada. Trae bebida. Nena la bebe de un trago con delección. Se va la criada.*) Hacía un sol espléndido, pues a mí me pareció que era de noche, que estaba la calle a oscuras y que me iluminaba la luz roja de la puerta de la posada. Mi querida Alameda, lo bueno no puede olvidarse. (*Transición.*) Y de lo tuyo nada, hija mía (*va dirigido esto a Palma.*) Hice cuanto pude. Nadie lo conoce. Nadie lo recuerda. ¿Hablaste con la Embajada?

PALMA. Me ha ratificado el informe: en el último viaje del «Red Bay» no se encontraba a bordo ningún tripulante de nacionalidad mexicana, ningún José, nadie a quien llamaran «Tampico». El informe de la compañía consignataria también ha sido ratificado: seis meses antes del torpedeamiento, se desenroló en La Habana un tal José Urquiza, mexicano, natural de Tampico, de treinta y cinco años de edad. También me ratificaron del Control de Pasajeros que nadie de esas señas ha salido del territorio nacional. ¡Está aquí! ¡Cerca de mí! ¡Cuántas veces habré cruzado a dos pasos de él, en la calle! ¡Tengo que encontrarlo, Nena! Ayúdeme usted, que es hábil y tenaz.

NENA. Calma. Ya veremos. Por ahora tenemos al chino... Si el chino no recuerda...

PALMA. Tiene que recordar, estoy segura. Eran íntimos amigos. Aparte de que aquella noche ocurrieron cosas extraordinarias.

NENA. Ya te he dicho que en Damas y Desamparados todas las noches ocurrían cosas extraordinarias. Ya nadie les daba importancia. Se olvidaban al amanecer. Te aseguro que Caridad ya no se acuerda del suicidio del violinista. Eh, Caridad, ¿te acuerdas de aquel violinista que se mató en la posada de Luis el chino?

CARIDAD. ¿El soldado aquel que mató a la mujer y después...?

NENA. No, ése no; un violinista que se mató «el mismo» por contrariedades amorosas, porque no llegó la mujer que estaba esperando...

CARIDAD. No recuerdo.

SERGIO. Tengo entendido que el chino sí recuerda ese suceso.

PALMA. Pero imperfectamente; no lo suficiente para hacer una concatenación de hechos. (*Entra la criada.*)

JUANA. (*Entregando un sobre a Sergio.*) Han dejado esto para usted.

SERGIO. (*Abre el sobre. A la criada.*) Muy bien.

PALMA. ¿Qué es?

SERGIO. Nada importante; un pasaje que separé para ti. Esta noche me pedirás que te lleve conmigo.

PALMA. (*Furiosa.*) ¡No me iré!... ¡No me iré!... ¡Vete de aquí! ¡No quiero verte más!

SERGIO. (*A Juana que sale.*) Juana, haga el favor, la bolsa de hielo para la cabeza de la señora. (*Se va la criada.*)

ROBERT. (*A Caridad y Alameda.*) Tengan la bondad de sentarse para acá. ¿No comprenden que ahí molestan? Palma, estas señoras pueden estar en otro sitio. Aquí no hacen nada.

ALAMEDA. Alameda, contente, que estás en casa ajena. (*A Robert.*) ¿Dónde me siento?

ROBERT. El guitarrista no ha llegado. Ya verás como nos da un gran disgusto. (*Sale.*)

ALAMEDA. Descuide, señora, que el Placero vendrá. A este Robert todo le disgusta.

(*Entra Santizo, vestido a la manera que pudo vestir el violinista suicida. Trae un violín y un maletín de maquillaje.*)

SANTIZO... (*Fatuo.*) ¿Qué te parece, Palma? ¿Es esto lo que querías? (*Por la indumentaria.*)

PALMA. Exactamente. Has interpretado bien mi idea.

(*Presentando.*) Sergio, Santizo, el famoso actor.

SERGIO. Mucho gusto.

SANTIZO. Complacido. (*A Palma.*) El violín, el maquillaje, ¡todo listo! (*Sacando un puñal de goma.*) El arma homicida. (*Enfático.*) Acero terrible que busca las entrañas calientes... (*Blasfemando el arma.*) Probémosle... probémosle... (*Da unos saltos*

clownescos, se detiene ante Alameda, y en pose de ballet le bunde el puñal en la espalda, ella grita.) No se asuste, señora, que es un inocente puñal de utilería... suave goma que acaricia la piel en vez de herirla...

ALAMEDA. ¡Es usted muy simpático!

SANTIZO. Así dicen mis admiradoras: simpático en la comedia; patético en el drama... «En el actor Santizo todos los géneros dramáticos encuentran su culminación». Palabras de una crítica responsable. Ya domino el texto. Será un juego de niños para mí hacer el violinista suicida. Veréis qué creación.

SERGIO. Esto es una modificación del plan general, que yo ignoraba. El violinista suicida, según aconsejó Robert, y porque era innecesaria la habilidad histriónica, lo haría un amigo de Nena, aficionado al teatro, pero no relacionado con el mundo artístico.

NENA. Le fue imposible hacerlo. Se lo avisé a Palma hace tres días.

PALMA. Una preocupación más. Lo olvidé. No había tiempo de instruir a otro aficionado. Sin consultarlo con Robert le di la parte a Santizo. Ya se calmará cuando lo sepa.

SANTIZO. Pero, ¿es que ignora Robert que voy a hacer el suicida? Pero, ¿es que Robert puede hacer el menor reparo? Pero, ¿qué oigo, señores? ¿Cuándo no fue motivo de satisfacción y entusiasmo que el actor Santizo accediera a actuar en una obra?

SERGIO. Permítame explicarle, amigo mío. En primer lugar, créame que es una satisfacción para nosotros el que usted haya accedido a actuar a nuestro lado en este... «divertissement», que no es, por cierto, como ha dicho usted, una obra de teatro.

PALMA. Gracias.

SERGIO. A tus pies. Pero sucede, mi distinguido Santizo, que por la índole especial del «divertissement», sobre la cual debe usted estar documentado, Robert no estimó saludable a su prestigio muy sólido, el que hiciese pública su colaboración; y suplicó a Palma que no invitara, ni hiciera partícipe del «acto», a personas relacionadas con el «mundo artístico». ¡Pudor de genio! Mucho menos a personalidades cuyo criterio pese, como el suyo, mi distinguido amigo.

SANTIZO. *(Halagado.)* Eso es otra cosa. Seré discreto. Es evidente que en este asunto se debe ser discreto. Robert no cambia: fatuo

como siempre. Yo tengo más que perder, que soy un valor consagrado, y no he vacilado en prestar mi colaboración

(Se oye una guitarra.)

ALAMEDA. Ahí está el Placero.

(Entra el Placero, un mulato. Se detiene en la puerta.)

ALAMEDA. Entra, mulato; ven para acá. Ya se estaban preocupando por ti.

PALMA. Faltan el chino y la Silenciosa. ¿No le parece, Nena, que debemos mandar por ellos?

NENA. Cálmate, mujer; ya vendrán. Hay dinero por medio.

(Gritos de Robert en el interior.) ¡Esos lienzos! ¡Esos lienzos! ¡Qué los ensucian!

SANTIZO. *(Repasando el papel.)* ¿«No ha llegado aún?»

(Se da la réplica a sí mismo. Sin entonación.) «¡Cuántas veces quiere que te diga que no! Da un paseo; si ella te dice que sí, más tarde ella viene. Capitán le dice que te espere»

EL TRAMOYISTA. *(Desde una escalera, a cualquier personaje.)* ¿Me hace el favor de alcanzarme aquel martillo?

SANTIZO. *(El mismo juego con angustia.)* «No puedo irme. No puedo salir de aquí. ¡Tengo que esperarla! ¡Tengo que verla subir y decirle que la perdono! Porque la he perdonado, Luis. Lo olvidé todo ya. Lo que importa es «el futuro». *(El chino en la voz de Santizo):* «Vete, vete. No hay habitación. Si viene, Capitán le dice que te espere.» *(Santizo):* «Pero hoy sí viene, Luis... Tiene que venir. El corazón me lo dice». *(El chino):* «Corazón tuyo te engaña siempre». *(Santizo):* «Esta vez... Esta vez...» *(Se le olvida.)* ¡Es infame este diálogo! ¿Quién se aprende esto con tanta repetición de palabras e ideas? Palma, ¿quién escribió esto?

PALMA. Te he dicho que entre varias personas compusimos el texto.

SANTIZO. Tenía que ser. La composición de un diálogo es algo muy personal para que tolere la intervención de varias personas. Y así ha resultado un diálogo seco, árido, despojado de toda cadencia. ¿Y cómo dice un actor, por bueno que sea, una frase despojada de cadencia? La versión taquigráfica de una conversación jamás puede ser un diálogo teatral. El estilo es todo, amigos míos. Una inteligente

distribución de las cesuras, hace musical la frase y realza la palabra, la palabra sonora, redonda, gráfica, elegida y engarzada con habilidad de orfebre. ¡Oh, Valle Inclán! ¡Valle Inclán! (Con el texto en la mano, para repasarlo, se sienta en una silla en cuyo respaldo colocó Robert con cuidado extremo la blusa roja del chino.)

UN ELECTRICISTA. Necesito colocar en este ángulo un spot-light y ese trasto me estorba.

UN TRAMOYISTA. Pues el trasto va aquí, tal como está.

EL ELECTRICISTA. Pues no puede ir ahí... ¡Robert!

ROBERT. (Dentro.) ¡Voy! ¡Voy! ¡Resuelvan algo! ¡tengan iniciativa! ¡Esos lienzos blancos! ¡Que los ensucian! ¡Brutos! ¡Brutos!

(El Placero, haciendo grupo con Alameda y Caridad, afina la guitarra. Palma se pasea inquieta, o atiende el trabajo de los tramoyistas prestando alguna ayuda. Sergio, fuma; Santizo dice a Nena la Rubia que se encuentra a su lado):

SANTIZO. Señora, tenga la bondad de darme la réplica. Vaya leyendo el texto y diga la parte del chino.

(Nena accede. Saca los espejuelos de la cartera y lee. Entra Robert con ropa de cama que coloca en lugar apropiado. Con el utilero con cubo de agua, escoba, ropa, etc. Y otros efectos de utilería. Para este momento de la acción ya estará montada la posada de Luis el chino, con algunos trastos ligeros que sugieran el lugar: Se supondrá la escena dividida en dos partes: hacia la izquierda del actor, una habitación pequeña, donde se guarda la ropa limpia del establecimiento, y los efectos de limpieza: baldes, etc., hay un diván y una antigua cómoda. Esta habitación se comunica con la sala del hotel. En el marco, a manera de puerta, una cortina transparente de mucha importancia visual de la acción. Hacia la derecha y el fondo, el salón; a la derecha de éste, una mesa, sillas, etc. Al fondo, dominando la escena, sobre un estrado al que conduce un pequeño número de peldaños raramente dispuestos, una mecedora o butaca de aspecto majestuoso donde se sentará el chino. Sobre dicho mueble, bien visible, un abanico de guano, grande, llamativo. Como se habrá observado, la totalidad de los personajes está casi siempre en escena, principalmente durante el resto de la acción, y su colocación y movimiento serán determinados por la dirección escénica. El autor sólo hace en este sentido los señalamientos indispensables. Con tan disímiles tipos en una

posada portuaria, a medio construir, dentro de una sala de elegante, logrará la dirección, principalmente en el acto siguiente, cuando jueguen las luces y los sonidos, cuadros de extraños efectos, con posibilidades de plástica escénica singular. En el emplazamiento de grupos y figuras será deliberadamente evitado el concepto realista. En las primeras escenas, comenzó a oscurecer y algún personaje de la casa sin hacer la menor alusión a ello, encendió la luz.)

ROBERT. (Entrando, con la ropa que pone en el mármol de la cómoda.) ¡Es insoportable esta gente! ¡No hacen nada bien hecho! Palma, creo que ya podemos empezar. ¿Cómo vamos a empezar con este desorden? ¿Qué pasa con ese spot-light, vamos a ver? ¡Que cabeza! ¿No comprendes que tiene que ir así?

SANTIZO. «Porque la he perdonado, Luis; lo olvidé todo ya; lo que importa es el futuro».

NENA. (Leyendo trabajosamente.) «Vete, vete tú; no hay habitación. Si viene, Capitán le dice que te espere. Siempre tú dices igual, Capitán espera, espera, y ella no llega nunca.»

SANTIZO. «Pero hoy sí viene, Luis.»

ROBERT. Ya está, ¿ves? No molesta nada.

ALAMEDA Y CARIDAD. (Que han estado cantando a dúo, elevando la voz.)

Anda, pensamiento mío,
dile que yo la venero,
dile que por ella muero,
anda y dile así... etc.

(El Placero las acompaña en la guitarra.)

ROBERT. (Examinando el sitio.) Estos escalones han quedado estrechos. ¡Siempre pasa lo mismo! (Advirtiendo a Santizo.) Santizo, por Dios, te has sentado sobre la blusa del chino. (Quita la blusa de la silla y la coloca en la butaca junto al abanico.) ¡Vamos a probar las luces! ¿Hiciste las conexiones que te ordené?

ELECTRICISTA. Están hechas.

PALMA. (A Sergio.) ¿En qué piensas? Daría algo por saberlo.

SERGIO. En nada. Me divierto mirando. Esto es un espectáculo divertido.

PALMA. Por lo menos inédito.

SERGIO. Original, querrás decir. Y no te hagas ilusiones. Te puedo citar las fuentes de inspiración, por docenas.

(Oyese la risa del chino.)

PALMA. ¡El chino!

(Entran el chino y Renata la Silenciosa. Un asiático de aspecto bonachón, simpático, bajo de estatura, de vientre amplio. Viste decentemente; tiene una peculiaridad: la risa nerviosa. Se ríe de todo, por todo, y en los momentos menos oportunos. Se expresa bien, con el acento característico. Sufre alternativas curiosas, así es vivo y locuaz en algunos momentos y en otros, depresivo y silencioso, acusando siempre una lesión mental, que se manifiesta en algunas situaciones por la idiotez. Renata la Silenciosa en cierto modo es el alter-ego del chino. Por lo menos, su complemento. Es alta, delgada, vieja, infeliz paranoica que deambula por los parques y portales de la ciudad.)

CHINO. Me dijo Juana que tú me estás esperando. Salí a buscar a ésta. Estaba durmiendo en un banco del Prado. *(A Renata.)* Tú no te escapas otra vez. ¿Oíste? Capitán no sale a buscarte otra vez.

ALAMEDA. ¡Alabado sea Dios, Caridad! Mira quién está ahí: Renata la Silenciosa.

CARIDAD. Pero ¿qué es esto? El barrio de Belén en pleno.

CHINO. Alameda... Caridad...

ALAMEDA. No hay quien te vea; desde que te derrumbaron la posada estás perdido.

ROBERT. Abrevien, abrevien esas expresiones de afecto, que hay mucho que hacer.

(Renata la Silenciosa pasea la mirada por la escena; al ver la cómoda se va a ella. Con los movimientos firmes de una acción muy repetida, cuenta las piezas blancas colocadas en la cómoda y se arroja para guardarlas en la gaveta.)

SANTIZO. *(Por Renata y su actuación.)* Se ha aprendido muy bien el papel esta señora. ¿Es actriz?

NENA. Era la criada de la posada en la época de los hechos.

ROBERT. *(A Renata.)* Hágame el favor, no es el momento aún. Siéntese y estése tranquila.

(Renata obedece; queda inmóvil, con la vista perdida en el vacío.)

ROBERT. Palma, cuando dispongas... Va siendo hora; ya estamos todos; todo está listo. El equipo de sonido está preparado ya.

SANTIZO. Mi estuche del maquillaje. ¿Dónde está mi estuche de maquillaje? Lo déjé aquí, al lado del violín. ¡Qué busquen mi estuche!

ROBERT. Palma, hay que empezar... Decídete.

PALMA. ¿Cómo se empieza? *(A Sergio.)* Dame un cigarro. Por primera vez siento algo así como arrepentimiento... La duda que has sembrado en mí comienza a hacer efecto... *(Se arroja en los brazos de Sergio.)* ¡Tengo miedo, Sergio! Por primera vez tengo miedo de encontrar lo que busco... Háblame como hace un momento. Ridiculízame. Insúltame! Evita que dé un paso más hacia esa prueba terrible... Dame ánimo para arrojar a esta gente de aquí... Entre los dos haremos pedazos esos cartones infames. Dime una palabra... *(Expectación. Todos se vuelven hacia Palma. Sergio la escucha seriamente, escudriñándola; después de una pausa, decidido):*

SERGIO. Veamos el texto. Nos dará alguna idea para comenzar. O tal vez el chino nos la sugiera. ¿Qué le parece, Luis, la reproducción de su hospedaje?

(El chino se coloca en primer término para observar la escena. Se ríe.)

CHINO. ¿Dices tú que esto es la reproducción de mi hospedaje? *(Se ríe.)* Esto no es mi hospedaje. Así no era.

ALAMEDA. Claro que así no era. Allí no había esa escalera, ni esa tribuna. El sillón donde se sentaba el chino estaba junto a la puerta.

ROBERT. Se ha repetido hasta la saciedad que no se trató de hacer una reproducción fiel. El fin es despertar la memoria por la sugerencia. ¿Cómo sintió Renata el ambiente al primer golpe de vista? Si ella quisiera hablar, nos diría que ésta es exactamente la posada del chino. *(Al chino.)* Es muy ingrata su memoria, Luis.

CHINO. ¡Memoria! ¡Memoria! Capitán se ha puesto hora tras hora tratando de recordar y no ha podido... Capitán no podrá recordar. *(A Palma.)* Ya te lo dije: Capitán no recuerda. Capitán no conoce a José el Mexicano.

PALMA. Usted lo conoce. El es amigo de usted de muchos años. Usted puede decirme quién es, dónde está, dónde lo encontró por primera vez, dónde lo vio la última...

CHINO. Capitán no conoce a José el Mexicano. Capitán no recuerda que alguien se hospedara en la habitación chica la noche del suicidio... Ya te he dicho que entré allí a guardar el violín, como hacía siempre que el violinista iba por casa..

PALMA. Sí, usted entró con el violín.

CHINO. Allí no había nadie.

PALMA. Allí estaba yo.

CHINO. *(Risas.)* Tú no estabas allí. Capitán entró así... *(Hace la acción. Palma corre hacia el diván y se tiende)*... y coloqué el violín en el diván. Tú no estabas allí.

PALMA. Yo estaba aquí. Usted colocó el violín en esa silla. No pudo colocarlo en el diván porque en el diván estábamos José el Mexicano y yo. José le dijo: «Termina pronto y vete». Y usted le contestó riéndose: «Yo no miro, yo no miro.»

CHINO. *(Sacando una copia del texto. Indignado.)* Yo no dije eso. Eso lo pusiste tú aquí porque te dio la gana.

SERGIO. Ya ese extremo fue discutido y no llegaron a ponerse de acuerdo.

ROBERT. A Palma le encantan esas reiteraciones, este hablar veinte veces sobre lo que ya se habló. *(A un electricista.)* Pruebe otra vez este spot-light... Encienda a ver..

PALMA. *(Por el chino, levantándose.)* Me irrita la terquedad de ese hombre.

CHINO. Capitán no es terco... Tú te encaprichas... Tú no estabas allí... Capitán no conoce a José el Mexicano... Tú gastas dinero por gusto.

(Hay una gran confusión de luces. Rápidamente, en vértigo, cruzan sobre la escena, todas las tonalidades lumínicas.)

ROBERT. *(Gritando.)* ¡El rojo! ¡El rojo! ¡Sólo el rojo!

(Queda la escena iluminada en rojo. Un rojo vivo, un rojo ígneo. Entra la criada.)

JUANA. *(A Palma.)* Ha llegado un señor que dice ser José el Mexicano.

(Sorpresa general.)

SERGIO. *(Recobrándose, a la criada.)* Diga usted a ese señor que pase.

(Todos atónitos miran hacia la puerta, menos Robert que sigue atendiendo las luces. Entra José el Mexicano. Viste rudo pantalón de marino y la peculiar camiseta a rayas de manga corta.)

JOSÉ. Vengo de Belén. Me dijeron que en esta casa alguien me buscaba.

PALMA. *(En voz baja.)* El es. Su misma voz.

ROBERT. *(Al electricista.)* Haga la conexión triple... Así no... así no...

SERGIO. *(A José.)* Es cierto. Me han dicho que su nombre es...

JOSÉ. Me llaman José el Mexicano. Soy natural de Tampico.

SERGIO. Alguien lo busca, en efecto. Esta señora. ¿La conoce?

ROBERT. *(Al electricista.)* ¡Bruto! ¡Bruto! *(Corren los electricistas por la escena.)* Haga lo que le digo... ¡Conecte ahora! *(El mismo juego de luz anterior. Vuelve a quedar la escena en rojo.)*

SERGIO. *(A José.)* ¿La conoce?

JOSÉ. *(Mirando a Palma fijamente.)* Trato de recordar...

SERGIO. Es extraño. Aquí está su amigo Luis.

CHINO. Capitán no es amigo de este señor.

JOSÉ. *(Extrañado.)* No lo conozco.

ROBERT. *(A los electricistas.)* ¡Brutos! ¡Brutos!

(El mismo juego de sucesión de luces de diversos colores. Corren los electricistas. Confusión. Se oscurece la escena y del techo, como una lluvia de estrellas, caen los chispazos de un corto circuito. Oscuridad total.)

ROBERT. *(Corriendo y gritando.)* ¡Desconecte! ¡Desconecte! ¡Un fusible!

Silencio. Se ilumina el teatro. Ya habrá caído el

TELÓN

SEGUNDO ACTO

El mismo lugar del acto anterior. La acción se reinicia momentos después de haber sido interrumpida. Los personajes se han situado cómodamente esperando la reparación eléctrica. Está la escena débilmente iluminada por una lámpara de petróleo.

SERGIO. (A José.) Es natural que usted encuentre extraño todo esto. No nos vemos con frecuencia en casos parecidos. La situación es la que le he expuesto. He tratado de explicarme con toda claridad para facilitarle una decisión rápida.

JOSÉ. (A Sergio.) Estoy algo confuso. No he de negarlo. La señora asegura que hace quince años...

PALMA. (Tímidamente desde un rincón que está a oscuras y desde el cual no puede ser vista.) Veinte años...

JOSÉ. (A Sergio.) Dijo usted...

SERGIO. Hasta hace un momento era quince. Palma, eres incorregible.

JOSÉ. Veinte años, es lo mismo. La señora asegura que hace veinte años conoció a un tal José el Mexicano, conocido también por Tampico.

PALMA. (Con timidez no sospechada en la Palma que hemos conocido.) Era usted.

JOSÉ. Asegura usted que era yo... Es posible, pero yo le mentiría si afirmara...

SERGIO. No se trata de mentir. Recuérdelo: hable, actúe del modo que quiera, pero siempre... sincero.

JOSÉ. La señora evoca aquel encuentro rodeado de una serie de circunstancias... que... ¡yo no recuerdo! Sinceramente.

SERGIO. Hay coincidencias de detalles. El nombre... los apodos...

JOSÉ. Muchas. Trabajé en el «Red Bay», visité mucho ese hotel de Desamparados, aunque tengo la seguridad de que jamás fui amigo

íntimo de su dueño, como dice la señora... (Duda.) Es posible que por esa época, con la frecuencia de verlo, llegáramos a intimar algo... No sé... Depende de lo que la señora entienda por «amistad». Pero son detalles muy generales, vagos. ¿Cuántos marineros de Tampico se llaman José? Miles. ¿Qué marinero de estas aguas del golfo no se enroló alguna vez en el «Red Bay» que hacía viajes semanales? Ninguno. El apellido que dio la Embajada, Urquiza, no es el mío.

SERGIO. Nunca le di importancia a los datos oficiales obtenidos: soy funcionario del Estado.

JOSÉ. En cuanto a lo de frecuentar ese hospedaje... ¡todos hemos descansado los huesos alguna vez en sus camas! Sobre mujeres... ¡ya sabe usted!

SERGIO. Es obvio.

(Se enciende la luz. La criada apaga la lámpara de petróleo y se la lleva.)

ROBERT. Ya era hora. Mañana protesto ante el sindicato. Pedí electricistas y me mandan plomeros o algo peor.

(Pausa larga. Los personajes se desperezan. Algunos bostezan. Renata y el chino están juntos. Nena con Santizo que prosigue con su maquillaje. Alameda, Caridad y el Placero, juntos.)

ROBERT. (Rompe la situación.) Bueno, Palma, decídetete... (Pausa.) Todo terminó antes de empezar... (A Sergio.) ¿Qué hacemos?

SERGIO. ¡Qué hacemos!

ROBERT. Era el objetivo buscar a alguien despertando la memoria del chino. No hubo necesidad. Ese «alguien» apareció. Luego entonces, el resto está de más. El señor niega. Podría tratarse de otra persona y entonces continuaría el chino poseyendo la clave, pero Palma lo ha identificado. (A Palma.) ¿Es ése el hombre que buscabas? Ahí lo tienes.

PALMA. Él es.

JOSÉ. Ya lo he dicho... Es posible... Tal vez por algún detalle. (Palma se va a él. Lo mira frente a frente.)

PALMA. ¡Canalla! ¿Será necesario que le refresque la memoria, como al chino? En él se comprende; en usted, un hombre saludable...

JOSÉ. Créame, en veinte años ha caído sobre mi memoria mucha niebla... ¡el whisky es buen amigo para olvidar!

PALMA. ¿Pero es que todo se olvida? ¿Es que se pierde la esperanza de resucitar en un punto luminoso mientras nos vamos haciendo fango, arena? ¡Qué asco! ¿No hubo en su vida un momento distinto de todos los momentos? ¿No dijo usted alguna vez una palabra que no volvió a repetir? ¿No conserva usted en el pecho, en el brazo, como si dijéramos, el tatuaje de una caricia única?

(José la mira atónito. Palma espera una palabra. No la recibe y lo abofetea. Cae después en una crisis de llanto.)

JOSÉ. (Se recobra.) Lo siento... Creo que aquí estorbo y debo irme. ¡Adiós! (Medio mutis.) Dijo usted que el «asunto» se inició en un parque... (Recuerda.) ... en un parque. Usted estaba sola.

PALMA. (Llorando.) Estaba sola.

JOSÉ. Su lenguaje, su porte... ¡me son tan extraños!

SERGIO. Piense en su lenguaje y en su porte de veinte años atrás.

JOSÉ. Una mujer bella, elegante..

PALMA. (Reponiéndose.) Entonces no era bella, ni elegante; casi ni era mujer. Vestía pobremente. Mis zapatos estaban rotos. Me escapaba de casa por las noches para no oír los escándalos de mi tío, siempre borracho. Y me sentaba en el parque a mirar las estrellas, a pensar en cosas bonitas.

JOSÉ. Tengo el recuerdo de una noche en un parque. Siempre la he recordado sin saber el motivo. Creo que iba como desprendido del mundo. Miraba hacia arriba. Era una hermosa noche. Estrellas. Muchas estrellas. Y unas gasas de nubes blanquecinas que pasaban veloces y las ocultaban por momentos. Desaparecían las estrellas para reaparecer después, más brillantes aún.

PALMA. Esa fue la «noche». Amenazaba una lluvia que no llegó a caer.

JOSÉ. A mí llegaba, desde muy lejos, un extraño sabor a... ¡Tierra mojada!

PALMA. (Triunfante.) ¡Tierra mojada! Sergio, ¿recuerdas cuando te lo conté? Te hablé del «sabor a tierra mojada». Me dijiste que no te gustaba esa expresión, que era vulgar y tonta.

JOSÉ. Me sentía entonces como dueño del mundo, como se siente un marino de veinte años que llega a tierra después de una larga tra-

vesía. Caminaba sobre las piedras del parque como por una alfombra de algodón. Pensaba en algo muy hermoso, muy hermoso. ¡No sé qué era!

PALMA. (Angustia.) Y entonces... entonces... ¡me vio a mí!

JOSÉ. Es posible.

PALMA. ¡Me vio a mí!... así sentada... (Adopta cierta postura).

SERGIO. (A Palma.) Ignorabas que sentarse es un arte.

PALMA. (En la postura, inmóvil.) Ignoraba entonces muchas estupideces, muchas canalladas...

JOSÉ. (Se aleja para observarla.) La luz de un farol próximo se rompía en sus cabellos con reflejos extraños... Pensé: «¿Quién será? ¿A quién esperará? ¿Me mirará cuando cruce por su lado?» (Pausa.) Después... ¿Seguí? ¿Me detuve? ¿Qué hice?

PALMA. (Abandona la posición.) Siga, piense «con fuerza». Trate de romper esa niebla del tiempo. «Aspire» profundamente el sabor de la tierra, la tierra mojada vulgar y tonta. Oiga el canto de los pájaros, acomodándose en las ramas negras. Cierre los ojos para que vea con el espíritu. (José se ha puesto las manos en los ojos.) ¡Robert! ¡Robert! Un banco del jardín donde puedan sentarse dos personas... ¿Por qué no previmos esta eventualidad?

ROBERT. Cualquiera iba a saber.

PALMA. (A José.) No abra usted los ojos, por favor. Busque un rastro de luz en su alma y sígalo, que lo conducirá a ese banco del parque donde yo lo espero a usted.

(Se suelta los cabellos y con rapidez se cambia el peinado.)

ROBERT. (Buscando.) ¿Dónde pueden sentarse dos personas?... En el diván.

PALMA. No, no. El diván «fue» después. Ahora un banco. En el jardín los hay.

(Sale Robert con dos utileros. A poco regresan con un banco pequeño y sencillo.)

SERGIO. (A Palma.) ¿No has pensado que vas a corporizar un recuerdo sin la conveniente preparación, a actuar en una escena no ensayada? Es arriesgado. Sería doloroso para ti quedarte en cualquier momento sin saber qué decir ni qué hacer.

PALMA. Déjame. No importan las palabras. *(Después de peinada se arranca las pestañas postizas; se quita la pintura de los labios. Después se sienta en la postura que le vimos. Durante el diálogo que sigue, Robert coloca un fondo detrás del banco y hace el indicado juego de luz. En un momento dado la escena del parque quedará desprendida de la acción. El resto de la escena a oscuras.)*

JOSÉ. *(Descubriéndose los ojos.)* ¿Me decidí? ... Fui hacia usted y me senté a su lado... *(Avanza. Tímidamente se sienta junto a Palma. Más seguro de sí se acomoda. Una pausa.)*

PALMA. *(Sin volverse.)* Usted habló primero.

JOSÉ. Diría alguna tontería. Soy muy torpe para iniciar una conversación.

PALMA. Habló deliciosamente. Se refirió a la lluvia que amenazaba.

JOSÉ. «¿Parece que va a llover?»

PALMA. Eso mismo. Esas palabras me estremecieron. Fingí no oírlas. *(Pausa.)* Usted insistió. Entonces cometió una torpeza. Encendió un cigarrillo y me preguntó si yo fumaba. Creí conveniente reprenderlo y le di una negativa seca, rotunda. Un silencio mortal cayó sobre nosotros.

(Sergio tose interrumpiendo. Palma, sin moverse, destacando molesta el fatal epíteto.) Un silencio «mortal» cayó sobre nosotros...

SERGIO. En la biblioteca tenemos «La lección de amor en un parque» de Boylesve, que, según parece, no has leído. Podemos consultarlo.

PALMA. *(Que no ha querido oír.)* Usted quedó a mi lado, silencioso.

JOSÉ. Deseandoirme... No atreviéndome. Era muy tímido con las mujeres buenas.

PALMA. Lo adivinaba triste, apesadumbrado por mi desprecio.

JOSÉ. Seguramente le daba vueltas a la cadena del llavero. Cuando no tengo qué hacer o estoy nervioso, juego con el llavero.

PALMA. Un viento húmedo, delicioso, comenzó a barrer el parque. Las hojas secas corrían por el sendero... Nos entretuvimos observando el vuelo de las hojas. Entonces sucedió lo de la flor.

JOSÉ. Entre las hojas secas, una flor. Las hojas siguieron su rumbo. La flor quedó a nuestros pies.

PALMA. Ambos esperábamos la ráfaga que la arrastraría. Nos quedamos con la vista clavada en ella.

(Una pausa. Miran hacia un punto del piso. Sergio corre hacia la puerta del jardín y corta una flor. Regresa hacia el proscenio en puntillas para no hacer ruido. Se coloca detrás de los enamorados, extendiendo el brazo y la deja caer a los pies de ellos.)

JOSÉ. Allí seguía, como presa en la arena.

PALMA. Usted entonces...

JOSÉ. Era una invitación.

(José recoge la flor y se la ofrece. Palma la acepta. La tiene un momento en sus manos, confusa, sin saber qué hacer. Después se acaricia con ella el rostro y por último la besa. Para esta situación ya estará realizado el juego de luz que se menciona: sobre la oscuridad de la escena un spot de luz amarillenta sobre las personas del banco. Se supone que los restantes personajes escuchen el diálogo con atención y respeto.)

JOSÉ. Lo demás fue fácil. Cuando nos miramos por primera vez a los ojos, nos reímos. Yo me acerqué a usted. Le pregunté qué hacía... Usted me contestó lo que ya ha dicho... que se escapaba de casa por las noches para no oír los escándalos de su tío, siempre borracho, que iba al parque a mirar las estrellas y a pensar en «cosas bonitas».

PALMA. También le hablé de un pájaro enorme de gigantescas alas.

JOSÉ. ¿Un pájaro?

PALMA. Esperaba que algún día llegara a mi vida un ser extraordinario. Me figuré ese ser en forma de ave, del tamaño de un hombre, con ojos negros, grandes, terribles y dulces a la vez, con poderosas alas de terciopelo. Entonces quería morir. Es decir, aún lo quiero. Pero no se trata de una muerte precisamente, sino de una transformación. Me pesaba el cuerpo, me asqueaba esta carne que nos duele, que nos da placer. Sentía en mí una fuerza aprisionada que deseaba romper la cárcel carnal para viajar libremente hacia espacios ignotos, lejanos. Por eso le hablé entonces del dolor de mi soledad. Le pregunté si había sentido alguna vez el peso de una fracción muerta de su alma.

JOSÉ. (*Oculto el rostro entre las manos.*) Le dije que sí.

PALMA. Me habló de su madre muerta. Yo le expliqué que mi dolor era un «defecto», una carencia del impulso que acompañara el hálito aprisionado que había en mí, en ese viaje por la noche de los astros. Me faltaba el fuego que hiciera ceniza la cárcel de mi carne, el pecho poderoso y amigo sobre el que pudiera detenerse mi espíritu mutilado por esos caminos de la eternidad. El pájaro enorme tendría en sus ojos fuego bastante para consumirme; alas poderosas para arrastrarme en su vuelo.

JOSÉ. Yo vivía entonces alegre, decidido. El mundo era para mí una bella mujer que siempre reía. Desde el mar la tierra me esperaba como una sonrisa fascinadora. No obstante, algunas veces se me clavaba una angustia aquí... El paisaje risueño se tornaba triste, oscuro. Y extendía las manos... (*Extiende las manos hacia el vacío*) tratando de aprisionar algo que me rondaba y que se escapaba a mi contacto. Pensaba entonces en mi madre. A veces lloraba.

PALMA. Lloró aquella noche. Me habló mucho de su niñez. En un arranque, cogiendo mis manos, me suplicó: «No me abandones». ¿Por qué lo hizo? (*Se levanta y sale del punto luminoso de la escena. Desde la oscuridad.*) «Haz cenizas mi carne, liberta mi espíritu y arrástralo hacia la eternidad, en los pliegues de tus alas enormes.»

(*Una pausa. José está solo en el banco.*)

ROBERT. (*En la oscuridad.*) ¿Algo más, Palma?

PALMA. (*En la oscuridad.*) ¿Algo más, José? (*José calla.*) Las palabras finales en el parque...

JOSÉ. (*Duda. Trata de recordar, se decide, como si se acordara.*) No hablamos. Me puse de pie, le ofrecí mi brazo... (*Se pone de pie. Ofrece el brazo a alguien que no está a su lado.*)

PALMA. (*En la oscuridad.*) Exacto. Sin palabras. (*Entra en el punto iluminado. Acepta el brazo de José y amorosamente se apoya sobre su hombro. Inician el paseo a través de toda la escena. El spot los sigue hasta que se pierden por un lateral. Se enciende la luz.*)

ROBERT. La identificación ha sido completa. Este hombre es «Tampico». (*A los utileros.*) Recojan esta cortina. Lleva este banco al jardín. (*Los utileros ejecutan las órdenes.*)

SERGIO. Puede discutirse que lo sea. Lo del parque nada nos ha dicho sobre la identidad de este hombre. Los factores que concurren

son externos, comunes a todos estos casos, y no ofrecen un fundamento incontrovertible.

ROBERT. ¿Y las palabras dichas y recordadas?

SERGIO. La situación crea la palabra. En cuanto a las que hemos oído, nunca pudieron ser dichas. Dos jóvenes de quince y veinte años, respectivamente, al encontrarse en un parque, se producen en forma menos enfática y especiosa.

ROBERT. Sin proponérselo destacaron el momento psíquico, que es lo importante. La fidelidad de la palabra es secundaria.

(*Durante el diálogo anterior han regresado a la escena Palma y José. Vienen separados y en silencio. Escuchan con atención lo que de ellos se habla, como si quisieran conocer por los otros lo que ignoran de sí mismos.*)

SERGIO. En Palma se ha producido una exaltación novelesca, indigna de atención.

PALMA. Fuimos sinceros. Tal vez no acertamos en la elección de las palabras... Más o menos... Sin tener en cuenta los términos usados, esto fue lo que hablamos.

SERGIO. Por supuesto que han estado muy desacertados en la expresión verbal. Aquello de «ave de alas enormes» fue inadmisibile. Nada menos apropiado aquí que una reminiscencia mitológica.

PALMA. Hace dos años que me oyes hablar de ese ser.

SERGIO. Te he oído hablar de un «hombre» sencillamente, un hombre para ti extraordinario. En fin, llamo tu atención. Esta prueba ningún resultado práctico nos ha traído. Dices que hubo sinceridad. Es posible. Pero faltaron elementos imprescindibles: frescura, sencillez, espontaneidad. El elemento poético que introdujiste, fue una frustración.

JOSÉ. ¿Quién es usted para juzgar lo que sentimos, lo que dijimos? Por conjeturas, porque se pone a pesar la propiedad y belleza de las palabras, usted no puede destruirnos. Palma, me lo dijiste en el parque y lo has repetido en esta habitación (*señalando el lugar por donde hicieron mutis.*) «No te abandonaré.»

ROBERT. ¿Todo ha terminado entonces?

JOSÉ. Todo ha terminado, menos Palma y yo. Todo sobra, menos Palma y yo. Arranque usted esos telones y despida a esta gente.

ROBERT. Manos a la obra. Más deseos que usted tengo yo, señor mío, de terminar esta cuestión enojosa. *(A los utileros.)* ¡Vengan ustedes dos! Desarmemos primero la habitación de la posada. Para trabajar con comodidad va a ser preciso que salga toda esta gente, que ya sobra aquí. Los cheques están listos. Podemos despedirlos.

(Comienzan a trabajar los tramoyistas en el desarme.)

JOSÉ. *(A Palma.)* Tú y yo nos vamos. Cámbiate de ropa. Mucho tenemos que hablar. Salgamos de aquí.

SERGIO. Se apresura usted.

JOSÉ. No me apresuro. No es poca cosa encontrarse con la mujer que se ha buscado, sin uno saberlo, durante veinte años. Deseo verme a solas con ella para decirle... lo que no quiero decir ante extraños. Salgamos de este lugar que me desagrada. *(Se acerca a Palma. Esta en un impulso de repulsión inconsciente, buye de él hasta refugiarse en los brazos de Sergio.)*

PALMA. *(A Sergio.)* Ampárame una vez más... ¿qué hago?

JOSÉ. Espero, Palma.

SERGIO. *(A Palma.)* ¿Es él? *(Silencio de Palma.)* ¿Dudas? *(Silencio.)* Está bien. *(A José.)* Se ha apresurado usted demasiado, señor «Tampico». La señora exige pruebas más convincentes sobre su identidad. El chino debe reconocerlo. *(A Robert.)* Robert, dé órdenes. El «divertissement» continúa.

ROBERT. *(Gritos.)* ¡Insoportable! ¡Insoportable! ¡Traigan eso y colóquenlo donde estaba! *(Da órdenes Robert.)*

Al instante se recompone la escena. Movimientos de los personajes que se disponen a actuar.

ROBERT. *(A Renata.)* Prepárese,, señora. Usted, Luis, puede ponerse su blusa. Ahí la tiene.

CHINO. ¡Mi blusa! ¡Esto no es mi blusa! Capitán no se pone esto.

ROBERT. *(Gritos.)* ¡Esta es su blusa ¡Póngase su blusa!

(El chino atemorizado se quita el saco y se viste la prenda roja, que cierra en el cuello.)

ROBERT. *(A un electricista que se encuentra colocado en plano alto, sobre andamio o escalera y que sólo es parcialmente visible al público.)* ¡La luz para el chino! Ya sabes, síguelo adonde quiera

que vaya, donde quiera que esté. Ya usted puede subir y sentarse en su sillón como hemos ensayado. *(Cae sobre el chimo, que en ese momento se pone la blusa, desde el spot-light móvil, que maneja el electricista, un rayo de luz roja que lo acompaña durante la acción de la posada y que destacará su figura en todo momento. El Placero ejecuta unos acordes de introducción. Alameda y Caridad prueban de nuevo el tono.)*

ALAMEDA Y CARIDAD a dúo:

*Pensamiento, dile a Fragancia
que yo la quiero,
que no la puedo olvidar,
que ella vive en mi alma,
anda y dile así.
Dile que pienso en ella,
aunque no piense en mí.*

SANTIZO. *(Que se mira en un espejo.)* ¡Mi maquillaje! Se ha arruinado el maquillaje! ¡Tengo que retocarlo!

ROBERT. *(Que en ese momento hace mutis; gritando.)* ¡Santizo! ¡Santizo aquí! ¿Qué hace aquí Santizo? Palma, Palma, me lo prometiste, me lo juraste por todos los santos del cielo...

ALAMEDA. A buena hora mangos verdes.

SANTIZO. *(Se retoca el maquillaje.)* Modera tus histerismos, Robert, que no es propicio el momento. Voy a actuar y no quiero incomodarme.

ROBERT. *(Cae en una silla.)* ¡Mi reputación! ¡Mi reputación artística está deshecha!

SERGIO. Ha sido un olvido. Le pedimos perdón, Robert. Ya ve usted como no ha habido tiempo para explicaciones. A última hora una indisposición del joven que iba a hacer el violinista... Se pensó en Santizo. Por cierto que sólo pudimos lograr que aceptara la parte cuando le dijimos que contábamos con el concurso de usted. Pensó, naturalmente, que la cooperación de usted era bastante garantía de honestidad artística.

ROBERT. *(Muy balagado.)* ¡Por supuesto! ¡Por supuesto! Pero Santizo es muy inclinado a los comentarios extraescénicos, esos comentarios que destruyen una reputación.

SERGIO. Es demasiado sólida la de usted. Además, Santizo nos ha dado las pertinentes seguridades en este asunto. Terminado el incidente.

ROBERT. ¡Todo conspira contra mí! ¡Una desgracia!

(Durante la escena que antecede, seguido por la luz, el chino ha subido al sitial y se ha sentado. Se abanica. El chino, hasta que el diálogo demande su intervención, queda como una inserción en el vacío. Se abanica constantemente, indiferente a cuanto ocurre a sus pies.)

SERGIO. *(Sacando el texto. A José.)* Ya conoce la situación. Usted llega al hotel de Luis el chino, con la euforia de los veinte años, acompañado de esa joven, una conquista de parque, trivial para usted...

JOSÉ. *(Molesto.)* No fue una conquista trivial para mí...

SERGIO. Sólo así se explica que condujera usted a una joven, casi una niña, a un antro miserable...

JOSÉ. No la conduje. Nos cansamos de vagar por las calles. No queríamos separarnos. El instinto nos llevó a ese lugar... O a otro parecido. Buscábamos la soledad.

SERGIO. Le explico la situación. Sus comentarios sobran. Es usted íntimo amigo del chino, llega a su casa... ¡es natural! Posiblemente no conocía usted otro lugar más apropiado. Vienen los saludos. Usted le pide una habitación. El chino no puede dársela porque todas están ocupadas. Es noche de muchos barcos en bahía. Al fin le ceden, como caso especial, la habitación pequeña *(mirando el texto.)* «De la ropa limpia» dice aquí, que sirve a veces de salón de espera. En realidad es la habitación de la criada.

ROBERT. *(A Renata.)* Usted ya puede actuar, señora. Muévase. *(Renata lo sigue. Al llegar a la cómoda Renata observa la ropa limpia y la palpa. Va entrando en situación fácilmente. Después repite la acción del primer acto. Se arrodilla y va colocando la ropa blanca en la gaveta. Ya nada la detiene. Esta acción es simultánea con la de otros personajes. Se establecen algunos momentos, que determinará la dirección, con la simultaneidad de los movimientos de las distintas figuras, una confusión deliberada.)*

ROBERT. *(A las cantantes.)* Salgan ustedes del marco escénico. Atiéndanme. Les indicaré cuando tengan que empezar a cantar. Háganlo sin virtuosismo, quiero decir, sin lucirse, porque a nadie interesa

ahora el arte de ustedes. Canten como para sí, poniendo todo el alma en la música, como si nadie las oyera, incluso a media voz: no quieren que Nena la Rubia las reprenda.

ALAMEDA. Entendido.

ROBERT. *(A Santizo.)* Santizo, ten a mano el violín. Deja el maquillaje. Estás bien así. Nadie te verá. *(A un electricista, por la habitación donde está Renata.)* La luz de esta habitación «juega». Pruébenla.

(Robert deja caer la cortina transparente. El electricista prueba la luz encendiéndola y apagándola varias veces. Renata es insensible a este juego. Cuando el cuarto está a oscuras se recorta sobre la cortina la silueta desorbitada del chino. Queda encendida la luz. Va surgiendo dentro de la sala elegante, la posada del chino. Los efectos de la luz contribuyen al vigor de sus contornos. No es necesario que los personajes que no actúan, estén fuera de la escena. En grupos, en lugares adecuados pueden presenciar la acción. Santizo, esperando su turno, con el violín; la criada Juana, que se une al grupo de curiosos; electricistas, esperando órdenes, etc. Entre todos, Robert, como un regulador.)

ROBERT. Nena, quedamos en que usted va a hacer «la mujer que está sentada y que después se va».

NENA. Ya dije que no quiero hacer eso. Después tengo que salir como «yo misma» cuando el escándalo del suicidio.

SANTIZO. Eso de doblar papeles no es propio de una obra seria.

ROBERT. *(A Nena.)* No tiene usted que decir una palabra en «la mujer que está sentada y que después se va». Este inicio es difícil. Un detalle humano en el centro de la sala lo hará más fácil y lo requiere el balance escénico. Usted está sentada haciendo cualquier cosa. Cuando Palma y José están en la alcoba, usted se marcha. No dice una palabra.

(Nena la Rubia se sienta junto a una mesa. En este momento hay tres personajes en la posada: Nena en la mesa, fuera de situación, observando torpemente lo que ocurre. Palma se ha ido acercando a la mesa.)

ROBERT. *(A José.)* Usted puede comenzar. Acaban de llegar al hotel. Palma se ha quedado en la escalera, temerosa, escuchando lo que usted va a hablar. Usted entra. Diríjase al chino.

(José, desconcertado al principio, se decide. Silencio. Expectación José se dirige al chino. Sube los peldaños. Una pausa.)

ROBERT. (Al chino.) Habla ya, Luis. (Una pausa.)

CHINO. «Hola, José. Capitán tenía ganas de verte. ¿Llegó tu barco hoy?»

(José no sabe qué contestar.)

SERGIO. (Apunta. Leyendo en el libro.) «El 'Red Bay' llegó esta tarde.»

JOSÉ. (Titubeando.) «El 'Red Bay' llegó esta tarde...»

SERGIO. (El mismo juego.) «Se apresuró la llegada por el mal tiempo...»

JOSÉ. «Se apresuró la llegada...» ¡No puedo seguir! ¡Esto es infame! ¡Yo no conozco a este hombre!

CHINO. «Hola, José. Capitán tenía ganas de verte. ¿Llegó tu barco hoy?»

JOSÉ. (Un esfuerzo.) «El 'Red Bay' llegó esta tarde...» ¡No puedo seguir! (Rebeldía.) ¿Qué se pretende? ¿Por qué se me obliga a que recuerde lo que ya he olvidado? Estas palabras mías con este chino nada significan. No se divertirán con mi pellejo. Esto es una obra de demonios. De degenerados. Por un pasatiempo le revientan los nervios a un hombre. Esto es una comedia infame. ¡Mentira! Nunca yo dije esas palabras. Pero hay algo que es cierto. Una verdad que defenderé con mi sangre si es preciso: esa mujer me pertenece. La busqué durante veinte años sin saberlo. La necesitaba. Era su ausencia lo que me ponía triste bajo la bruma del mar. (A Palma.) Palma, huyamos de aquí. No prestes atención a la flaqueza de mi memoria.

(Palma impasible.)

SERGIO. Tal vez en la escena del diván le sea más propicia la suerte. Baje usted y escuche. Yo leeré su parte. Una parte escrita para un actor al que no se esperaba.

(Baja José. Sube Sergio y se acerca al chino con el libro en la mano.)

CHINO. «Hola, José. Capitán tenía ganas de verte. ¿Llegó tu barco hoy?»

SERGIO. «El 'Red Bay' llegó esta tarde. Se apresuró la llegada por el mal tiempo.»

CHINO. «Capitán te ha echado de menos en estos días. Siéntate a mi lado y cuéntame esas historias tuyas que tanto me divierten.»

SERGIO. «No puedo ahora. Mañana vendré. Charlaremos y nos divertiremos juntos. Tengo en el barco un regalo para ti.»

CHINO. (Sin mirarlo.) «Tienes un golpe en la frente. ¿Reñiste otra vez?»

SERGIO. «Un tabernero de Puerto Barrio que se puso tonto... ¡Les encendimos el pelo a él y a sus hombres!»

CHINO. (Hay una inarmonía molesta entre la afección de sus palabras y la frialdad de su entonación.) «¿Qué iba a ser del pobre Capitán si le pasa algo malo a su mexicanito?»

SERGIO. «A tu mexicanito no le pasará nada malo. Tu mexicanito sabe manejar bien la fuca. No ha nacido todavía el varón que le abra el pellejo. Dame una habitación buena, la de la esquina.»

CHINO. «Está alquilada para toda la noche. Todo está ocupado. Muchos barcos en bahía. ¿Viniste con alguien?»

SERGIO. «Una tipa... Está en la escalera.»

JOSÉ. (Interrumpe.) ¿Una tipa? Usted miente. Usted quiere perjudicarme y no lo consentiré. Nunca pude decir «una tipa» refiriéndome a Palma.

SERGIO. Aquí dice: «una tipa».

JOSÉ. ¡Mentira de usted!

ROBERT. No hay que molestarse. Es posible que hace veinte años no tuviera el significado despectivo que hoy tiene. Además, es disculpable la ligereza de lenguaje en un hombre de veinte años.

JOSÉ. (Grita.) ¡Nunca! ¿Oye usted? Hablando de la mujer que lleva en su corazón, un hombre nunca dice «una tipa».

PALMA. (Sin acritud, pero firme y severa.) Yo estaba en la escalera. Desde allí oí su conversación con el chino. Usted dijo «una tipa». Si en realidad es usted un hombre incapaz de expresarse despreciativamente de la «mujer que lleva en su corazón», no hay duda de que no es usted el hombre que yo busco. Aquél dijo de mí «una tipa».

JOSÉ. (Dolor.) Lo dije entonces... Tú lo afirmas y tú no puedes mentir. Sin embargo...

SERGIO. *(Con el tono de hábito que se da a un comentario muy repetido.)* Jamás he podido comprender y perdonar esa flaqueza tuya. Esa expresión te revelaba la ruindad de aquel hombre.

PALMA. Fue años después cuando me hirió la descortesía...

SERGIO. ¿Sigues llamando «descortesía» a lo que fue un ultraje de tu dignidad?

PALMA. No hay remedio.

SERGIO. Fue tu gran oportunidad para huir de aquel granuja.

PALMA. No es el momento de las acusaciones. Te he prohibido que le llames «granuja».

SERGIO. Sólo un granuja le descubre los secretos del amor a una mujer en el establecimiento de Luis el chino.

PALMA. ¡Basta de insultos!

SERGIO. Este es el único momento de tu vida para el que nunca he podido ser tolerante. La más despreciable mujerzuela tiene su dignidad.

PALMA. La dignidad es cosa de hombres. Terminemos la cuestión.

JOSÉ. *(Acercándose a Palma.)* Quiero huir de aquí... contigo. En este lugar me siento indefenso, expuesto a la furia de todos, con las manos encadenadas a la picota y las espaldas desnudas a los golpes.

PALMA. *(Rebujéndole suavemente. Mímosa.)* No se me acerque aún. Luego en el diván podrá hacerlo. Entonces me acariciará, me besaré hasta hartarse.

JOSÉ. La esperanza de estar cerca de ti, por toda la vida, me obliga a soportar las insolencias de este hombre.

SERGIO. Nadie lo ofende a usted, señor mío. Se acusa a un hombre que no es usted; en el peor de los casos, al hombre que usted ya no es.

JOSÉ. Está usted en lo cierto. Si fuera hoy el que fui hace veinte años, ya le habría rajado el pellejo con mi fuca.

SERGIO. *(Impertérrito. De espaldas, mirando al chino.)* El whisky, no los años, aplaca los ardores de la sangre. Es paradójico, pero está científicamente probado. Por suerte para mi seguridad.

JOSÉ. *(A Palma.)* ¿Quién es este hombre?

SERGIO. Uno que se considera feliz con poseer lo que alguien despreció hace veinte años. La herencia ha perdido parte de sus encantos, pero es lo suficiente para mi felicidad.

JOSÉ. Primero el insulto, ahora el abandono. ¿Le has dicho que te desprecié?

PALMA. Vi a aquel hombre en el parque. Esa misma noche nos cansamos de vagar por las calles. Buscábamos la soledad. La tuvimos. No volví a verlo. Iba a regresar siete días después con «plata» para unirse a mí «por toda la vida». No regresó. No volví a verlo nunca más... Hasta esta noche, si es usted el hombre que yo busco. No trató de encontrarme. Yo iba al parque día tras día, noche tras noche, durante años, a llorar, a esperarlo..

JOSÉ. ¿Y seguías amándome?

PALMA. Seguía amándolo... «Si no vuelvo —me dijo— es porque estaré en el fondo del mar.» No volvió y no porque el barco se hundiera, porque lo tengo a usted ante mí vivo y al parecer, es usted el mismo José el Mexicano. Dígame usted si mentí cuando hablé de desprecio.

JOSÉ. *(Desesperado.)* Tengo que hablarte a solas, que explicarte y convencerte...

PALMA. *(Interrumpiéndolo. Molesta.)* No, no, no. Disculpas, no. No he estado buscando veinte años para oír... disculpas, como si fuera yo una vulgar señorita de su aldea. Amé, perdoné. Busco lo que amo, con todos sus vicios y virtudes. Eso es todo. Las justificaciones no me interesan. *(Pausa.)* Nadie podrá convencerme de que haya algo que justifique el abandono a «la mujer que se lleva en el corazón», como usted dice, a no ser, se entiende, por el barco en el fondo del mar. *(Transición.)* Continuemos, Sergio. Luis preguntó: «¿Viniste con alguien?» Después de la respuesta de José, la otra pregunta del chino: «¿Por qué no sube?»

CHINO. «¿Por qué no sube?»

SERGIO. *(Leyendo.)* «Parece que tiene vergüenza.»

CHINO. «¿Vergüenza? ¿Quién es?»

SERGIO. «No sé... La encontré en un parque. ¿Qué voy a hacer si todo está ocupado?»

CHINO. «El cuarto de Renata si quieres. Nadie te molestará.»

SERGIO. «Es lo mismo.» *(Sergio baja al proscenio y como si se dirigiera a alguien que está algo distante.)* «Sube.» *(Va a la habitación y levanta la cortina para facilitar la entrada de Palma. Esta espera exactamente el momento en que Sergio levanta la cortina.)*

Corre entonces y se precipita en la alcoba. Se refugia en un ángulo del diván. Renata termina de colocar la ropa, cierra bien la gaveta y al marcharse, ya levantada la cortina):

RENATA. Apague la luz. Es muy transparente la cortina. *(Renata atraviesa la escena y sale por un lateral. Palma, esperando ansiosa.)*

ROBERT. *(A alguien en el interior, a media voz, para no romper la situación que empieza a formarse.)* Los efectos de sonido. Ya saben, intermitentes.

(Desde ese momento y por intervalos que serán señalados por la dirección, interviene la calle. Golpe de club de un policía; alguna vez la sirena de un barco; más insistente que ningún otro, la músicaailable de una orquesta muy lejana.)

ROBERT. Ya puede entrar el violinista. *(Santizo se adelanta.)* Se supone que José ya está dentro, con Palma.

SERGIO. *(Por José.)* El señor entrará. El señor debe hacer la parte del diván... ¡Es preciso!

JOSÉ. ¿Y si me niego?

SERGIO. Allá usted... Es su oportunidad de reconquistar lo que dice que es suyo...

JOSÉ. ¿Si yo no estuviera aquí? ¿Si yo no hubiera llegado oportunamente? ¿Cómo iba a representarse todo esto...?

ROBERT. Antes no era usted un personaje imprescindible. Usted o «alguien» era un motivo ausente: no se contó con su presencia. Se escribió la escena del diván, pero no iba a ser hecha. Es secundaria. Lo que importa es aquello... *(Por el chino.)* Y a «aquello», lo que interesa, no es lo que se dijo o sucedió en el diván, porque no vió ni oyó, sino el suicidio del violinista. Es la escena fundamental.

SERGIO. *(A José.)* Entre usted. *(José titubea.)* Llévase en buena lid lo que dice que es suyo. ¡Sus ordalías! Soporte gallardamente la prueba de fuego... Piense en aquello cuya ausencia lo ponía triste en la bruma del mar, piense en la resurrección de la carne y en la vida perdurable del espíritu... ¡Dichoso usted que cerca de un otoño solitario va a recibir la primavera eterna de un beso de amor!

JOSÉ. *(Extasis.)* ¡Palma!

SERGIO. La «tipa» del parque lo espera ansiosa. No sabe qué hacer. La terrible incógnita de la vida va a resolverse para ella. Usted

tiene veinte años, ha llegado del mar, la vida le salta en las venas. Lleva en la mano aquella flor del parque y puede deshojarla a su antojo.

JOSÉ. ¡Palma! *(Inicia la marcha hacia la habitación.)*

ROBERT. *(Ofreciéndole el texto.)* Le puede ser útil.

JOSÉ. *(Rechazándolo.)* No lo necesito. *(Entra en la habitación Palma lo espera de pie; se miran. José abre los brazos y Palma corre hacia ellos. Se funden en un beso prolongado. Sergio ha desaparecido de escena. Volverá después en cualquier momento. Nena la Rubia se levanta pesadamente y se une al grupo de curiosos. Ha de esperar a que concluya la «secuencia» emotiva del beso.)*

PALMA. *(En los brazos de José. Tímida.)* Es muy transparente la cortina.

(José extiende el brazo. Apaga la luz. La habitación queda semi-oscuro. En la cortina la silueta del chino abanicándose. José enciende un cigarrillo. La luz del fósforo produce una iluminación fantástica, un efecto pirotécnico que recuerda la lluvia de estrellas del corto circuito. El punto ígneo del cigarrillo se destacará mientras José fuma sobre la penumbra de la habitación. Va y viene, sube y baja como un insecto luminoso aprisionado en el vacío. Palma se sienta en el diván. José se tiende, apoyando la cabeza en las piernas de la mujer, que amorosamente juega con sus cabellos.)

ROBERT. *(A Santizo.)* Tu momento ha llegado, Santizo. Te repito la recomendación que me oíste hacer a las cantantes. Mucha naturalidad. Nada de énfasis. Nada de teatro.

SANTIZO. Sé lo que tengo que hacer sin que tengas que indicármelo. ¿Cuándo he sido enfático yo?

ROBERT. Siempre.

SANTIZO. No esperarás que haga el violinista con sobriedad. Este es un personaje de melodrama y exige el gesto amplio, el acento destacado. Grita. Lloro. ¡Se ve uno en cada compromiso!

ROBERT. Es cierto. Quise cambiar esa parte, pero Palma se opuso. Ponle la mayor medida que puedas. Sávalo del ridículo.

SANTIZO. Trataré.

(Santizo se adelanta. Al principio su actuación es falsa. Después entra en papel y se funda en la acción. Llega al centro de la escena.)

Mira al chino con ansiedad, interrogándole. El chino calla. Lo mira indiferente, molesto. El violinista se decide a hacer la pregunta.)

SANTIZO. ¿No ha llegado aún?

CHINO. ¿Cuántas veces quieres que te diga que no? Vete, vete. Da un paseo. Si ella te dice que sí, más tarde ella viene. Capitán le dice que te espere.

SANTIZO. (*Angustia. Sentándose.*) No puedo irme. No puedo salir de aquí. Tengo que esperarla. Tengo que verla subir y decirle que la perdono... Porque la he perdonado, Luis. Lo olvidé todo ya. Lo que importa es el futuro.

CHINO. Vete, vete, tú. No hay habitación. Si viene, capitán le dice que te espere. Siempre tú dices igual. Capitán espera, espera, y ella no llega nunca..

SANTIZO. Pero hoy sí viene, Luis. Tiene que venir porque el corazón me lo dice:

CHINO. Corazón tuyo te engaña siempre.

SANTIZO. Esta vez, no. ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Déjame estar aquí.. No me echas a la calle de nuevo. Si hoy no viene, no volveré más, no te molestaré más. Pero ¡oh! sí, vendrá. ¡Lo sé!

JOSÉ. ¿Quieres que te diga lo que eres para mí?

PALMA. Me lo has dicho: tu alma.

JOSÉ. Eso es. Mi alma. ¿Alguna vez ante un espejo has pensado: si yo no viera mi imagen en ese cristal? Eres mi imagen. Eres yo mismo.

PALMA. ¿Por qué yo?

JOSÉ. No sé. Será porque Dios ha dividido algunas almas en dos partes y las ha echado al mundo, confundidas, separadas, en lugares distintos, en tiempos distintos. Esas fracciones de almas se buscan. A veces no se encuentran. Yo te buscaba desde niño.

PALMA. Y hoy en el parque... (*Palma se inclina y lo besa en la boca. Un silencio.*)

SANTIZO. (*Escuchando con ansiedad. A media voz.*) Alguien sube, Luis. (*Pausa larga.*) ¡Nadie! (*Cae sollozando sobre la mesa.*)

(*El chino desciende del sitio. Se acerca a la mesa y contempla con burla al violinista. Recoge el violín y lo lleva a la habitación. Interrumpe el beso. Coloca el violín en una silla.*)

JOSÉ. (*Al chino.*) Termina pronto y vete

CHINO. (*Riéndose.*) Yo no miro, yo no miro. (*Sale y vuelve a su sillón y a su abanico.*)

PALMA. No te marches de nuevo. Deja el mar

JOSÉ. Necesitamos «plata». Voy a buscarla. Tú me esperas. El barco regresa dentro de siete días... Después..

PALMA. Júrame que volverás.

JOSÉ. ¿Tengo que jurártelo? ¿No has comprendido que soy tuyo? (*Por los sollozos del violinista.*) Oye..

PALMA. (*Escuchando.*) Se oye como un sollozo..

JOSÉ. No hagas caso. Es una caricia... ¡Un sollozo de amor! Volveré dentro de siete días y después..

PALMA. Júrame que volverás.

JOSÉ. No me lo repitas. ¡Soy tuyo! Coge el cigarro, apágalo aquí, en el brazo izquierdo, el del corazón; márcame como marca el hacendado su res. El marino necesita el tatuaje para acariciarlo en la soledad del mar.

PALMA. ¿El tatuaje?

JOSÉ. Una cicatriz que se lleva toda la vida. Todos los hombres del mar la tienen.

PALMA. ¡Una cicatriz que se lleva toda la vida!

JOSÉ. (*La cabeza hacia atrás, embriagado.*) ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Soy tuyo! Pon tu mano sobre mi frente. ¡Que sea larga la noche! Hueles a flor, a las flores de mi tierra...

(*Se oye la guitarra.*)

ALAMEDA Y CARIDAD (*Cantando*):

*Pensamiento, dile a Fragancia
que yo la quiero,
que no la puedo olvidar,
que ella vive en mi alma,
anda y dile así,
Dile que pienso en ella,
aunque no piense en mí.*

JOSÉ. ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Nunca podré olvidarte! ¡Volveré dentro de siete días. Si no vuelvo es que el barco se ha hundido

y aun entonces, desde el fondo del mar, estaré diciéndote: ¡Te quiero!
¡Te quiero!

ALAMEDA Y CARIDAD. *(Cantando):*

*Anda pensamiento mío,
dile que yo la venero,
dile que por ella muero,
anda y dile así.*

(José canta a media voz.)

Los tres:

*Dile que pienso en ella,
aunque no piense en mí.
Dile que pienso en ella,
aunque no piense en mí.*

JOSÉ. *(Ríe satisfecho.)* Y tú, ¿vas a pensar en mí? *(Silencio.)*
Contesta. ¿Vas a pensar en mí? *(Coge una mano de Palma y la besa.*
Entra Renata. Se acerca al violinista.)

RENATA. *(Al chino.)* Se ha dormido.

CHINO. Ahí está otra vez. Estuvo llorando.

RENATA. Cobarde. *(Se sienta junto al violinista.)*

JOSÉ. Contesta, ¿vas a pensar en mí? ¿Mucho? Dime cuánto...
¿Un poquito así? No, es muy poco... ¿Así? Así, bastante. *(Se*
ríe.) Anda, bésame los ojos. *(Palma lo besa en los ojos.)* Dime algo.

PALMA. Te quiero.

JOSÉ. Escucha. Si por uno de esos caprichos de la suerte alguno
de los dos no puede acudir a la próxima cita... *(Palma le tapa la*
boca.) Es preciso que nos pongamos de acuerdo sobre lo que vamos
a hacer en ese caso.

PALMA. Sería terrible acudir a tu cita y no verte llegar.

JOSÉ. No dejes de amarme ni pienses mal de mí. Algo me habrá
sucedido. Tal vez haya muerto y mi espíritu, si es que hay otro
mundo, estará rondándote, esperando la liberación de tu alma para
emprender juntos el viaje hacia la eternidad. Amame siempre, búscame
siempre.

PALMA. Te amaré siempre. Te buscaré siempre, a todas horas,
mientras viva. Iré al parque, vendré a esta casa y noche tras noche
ese chino me oírá preguntar: «¿no ha regresado aún?»

SANTIZO. *(Que se ha despertado durante el diálogo anterior.)*
¿Qué hora es?

CHINO. Las dos de la mañana.

SANTIZO. ¡Las dos de la mañana! *(Angustia.)* Mientras yo
dormía pudo venir... *(Se vuelve hacia el chino. Lo mira con an-*
siedad.) ¿No ha vuelto?

CHINO. ¿Cuántas veces quieres que te diga que no? Vete, vete.
Da un paseo. Si ella te dice que sí, más tarde ella viene. Capitán le
dice que te espere.

RENATA. No vendrá.

SANTIZO. Vendrá... ¡Las dos de la mañana! Esperemos. No
ha de faltar mucho. Todo es cuestión de esperar. ¡Qué más da unos
minutos al que ha esperado meses, años! *(Pausa.)* Hoy será la última
noche. Mañana ya no vendré a molestarte, Luis. Estaré con ella.
Lejos de aquí. La llevaré a un sitio elegante. A ella le gustan los
sitios elegantes, los trajes elegantes, los hombres elegantes. Un día
me dijo: «Eres un pobre violinista que no sabe llevar la ropa.» Me
ofendió mucho, sin comprender que estaba en lo cierto. No nos debe
molestar que nos digan las verdades. Cuando vuelva a repetírmelo,
ya no me molestará.

RENATA. No la verás de nuevo.

SANTIZO. Sí, sí la veré dentro de poco... *(Una pausa.)* Tengo
frío. *(Se levanta el cuello del saco.)* Siempre por las noches
tengo frío. *(Pausa.)* Oye como se divierte la gente en la calle...
¡Esa orquesta no cesa de tocar!

CHINO. Hasta la mañana.

SANTIZO. En el puerto se vive de noche. A esta hora todos nos
sentimos felices. La vista de esos monstruos que son los barcos dor-
midos, aprisionados al muelle, proyectando largas sombras sobre las
calles, produce placer. Es como un ayuntamiento entre el mar y la
tierra. Me gustaría haber sido marino. No rascaría el violín. To-
maría whisky sin que me hiciera daño. Tendría «plata» en el bolsillo
y me la gastaría con mujeres en todos los puertos. ¡Eso es vida!
(Pausa.) No me vería como ahora estoy, tiritando, esperándola. ¡No
soy un hombre feliz! Un hombre que espera a alguien que no llega
nunca no es un hombre feliz. Todas las mujeres son iguales... y
sin embargo, ella es la única mujer.

RENATA. La has perdido para siempre.

SANTIZO. La veré esta noche. *(Pausa. Escucha.)* Risas, susurros, gemidos, ronquidos, bostezos, palabras a media voz... Todo es música... ¿Quién es esa mujer que ríe tanto?

CHINO. Siempre hace lo mismo. Los huéspedes se quejan.

SANTIZO. Todo es música, una música triste, como en tono de fa. Triste porque yo estoy triste. *(Pausa.)* El tono de fa es doloroso para mí. *(Tararea algo en voz muy baja. Transición.)* ¡Tarda mucho! ¡Oh, si ella supiera cómo me hace sufrir esta espera!

RENATA. No la verás.

SANTIZO. ¡Cuando la vea...! No podré hablarle de la emoción... Me arrodillaré y le daré las gracias por haber venido. *(Pausa.)* Luis. *(El chino no contesta.)* Mientras yo dormía ¿llegó alguien?

CHINO. No.

SANTIZO. *(Se levanta. Mirando hacia abajo, como hacia el hueco de una escalera.)* ¿Está abierta la puerta de la calle?

CHINO. Nunca se cierra.

SANTIZO. *(Volviendo a la mesa.)* ¡Las dos de la mañana!

JOSÉ. No dejes de amarme nunca...

PALMA. Nunca.

JOSÉ. Repíteme aquello de «te amaré siempre, te buscaré siempre».

PALMA. Te amaré siempre, te buscaré siempre, a todas horas mientras viva. Iré al parque, vendré a esta casa y noche tras noche ese chino me oirá preguntar: «¿no ha regresado aún?»

JOSÉ. Si no vuelvo, si el barco se hunde... Pero volveré. No puede morir quien tiene su alma tan llena de amor.

SANTIZO. Yo tuve una hermana. Era muy hermosa. Yo la veía muy hermosa. Delgada, alta, pálida. Era su palidez lo que la hacía hermosa a mis ojos. Los sufrimientos y las privaciones la mataron. La encontré muerta un día. Dicen los vecinos que no dijo una palabra, que no exhaló una queja. Nunca tuvo amores. Nunca tuvo deseos. Nada ambicionó. Nada tuvo. Pasó por el mundo como una sombra temblorosa, sin valor para decir: yo quiero. Sin embargo, yo, alma de su alma, leía en sus ojos la inquietud de un deseo no satisfecho... ¿Un juguete que nunca pudo comprar? ¿Una flor que no se atrevió a coger?... Nunca lo supe. Un día le dije: «¿Qué quieres, hermana?» No me contestó; estaba muy débil; ya no tenía fuerzas

para mover los labios. Lloró mucha aquella noche. Murió al día siguiente. *(Pausa.)* A veces pienso en ella, buscando la resignación en el silencio. Y deseo consumirme también en un rincón, sin tener que ir por las calles voceando mi angustia, preguntándole a cuanto transeúnte me sale al encuentro: ¿ha visto usted hoy a la mujer que amo?

RENATA. Eres un cobarde.

SANTIZO. No puedo callar, necesito levantar la voz...

RENATA. Córdate la lengua, pisa ese corazón miserable para que no palpite. Es repugnante ir por el mundo mostrando los harapos del espíritu... Muere o calla. Yo no tuve valor para morir, pero he callado. Como tú, soy un desequilibrio entre la aspiración y la posibilidad. Deseé lo que estaba más allá de mi alcance... Mi alma como tu alma, es una fuerza que necesita la expansión de los astros. Hay que abrir la cárcel carnal, demasiado estrecha y huir. Estamos malditos. *(Pausa.)* Todo lo esperamos del amor y mendigos de amor vamos por el mundo... ¡El amor! ¿No comprendes que somos el amor mismo, soplo de Dios, sin forma ni sexo? La inquietud por la posesión de lo que no tenemos, la voluptuosidad del dolor. Eso es tu vida. Y acaso una esperanza: el chino, que a tu pregunta «¿no ha regresado aún?», te conteste algún día: «Ahí está. Te espera en esa habitación». *(Pausa.)* Pero esto no habrás de oírlo. Nunca. Para tu bien.

SANTIZO. Vendrá. Nunca como esta noche la deseé. Si hoy no viene ya no podré vivir. No tengo valor para esperar a mañana.

RENATA. Te lo he dicho: mátate.

SANTIZO. Quiero verla aún. No importa lo que me hizo. La he perdonado.

RENATA. En esperarla siempre está la voluptuosidad de tu dolor. Es fatal. Tu alma es un perfume que se escapa del frasco. Si la encontraras la seguirías buscando. ¿Para qué habrías de encontrarla? La fatalidad te marcó... Llevas la tristeza en ti mismo. Busca. ¡Espera! Es inútil. ¡Mátate!

SANTIZO. *(Sollozos.)* ¡Quiero verla! ¡Quiero verla! ¡Vendrá! ¡Vendrá! ¡Sé que vendrá!

RENATA. Yo también esperé. Esperando enmudeció mi lengua. Esperando se hizo piedra mi corazón.

CHINO. (A Santizo.) Vete. Tú gritas. Antes tú lloras en silencio. Está bien. A nadie molesta. Pero ya tú lloras y todos oyen. Tú escandalizas. Los huéspedes se quejan. Vete. Da un paseo.

SANTIZO. Déjame estar.

CHINO. ¡Vete! ¡Tú haces daño!

SANTIZO. Lloraré en silencio... (Los sollozos lo ahogan.) Ella vendrá esta noche y quiero estar aquí.

CHINO. Vete, vete. Capitán te dice que te vayas. (Se encoleviza el chino. Se ha puesto de pie y con el abanico le señala la puerta. Desaparece la mansedumbre habitual del chino, que semeja ahora un dios de ira, implacable. Su silueta se crece sobre la cortina, haciéndose fantasmagórica.)

SANTIZO. No puedo salir de aquí. Este es el lugar de la cita.

CHINO. ¡Vete!

RENATA. No vendrá. ¡Mátate!

SANTIZO. (Saca el puñal del bolsillo. Lo pone sobre la mesa.) Ahí está... (Se queda con la vista clavada en el arma.)

RENATA. Usalo...

CHINO. ¡Vete!

SANTIZO. (Recoge el puñal. Tiene una duda.) ¿Y si llega... después?

RENATA. No llegará.

CHINO. ¡Vete!

SANTIZO. (Nueva crisis de llanto.) ¡Quiero verla aún! No quiero morir. ¡No quiero alejarme de esta casa! (Se dirige al chino. Sube unos peldaños con el puñal en la diestra.) ¡No me eches de aquí! Quiero estar a tus pies toda la vida, interrogándote, mirándote a los ojos con angustia...

CHINO. ¡Vete!

SANTIZO. Seré como un perro; no te molestaré... No hablaré, no lloraré... Entraré, te miraré a los ojos...

CHINO. Vete. No vuelvas a esta casa. (Grita.) ¡Vete! ¡Vete!

SANTIZO. ¡Te odio, chino infernal! ¡Aborto de los infiernos! ¡Ay, si fueras de barro para despedazarte, para hacerte polvo... (Transición.) Oye... alguien sube.

(Se ha oído una campanilla... Pasos. Con ansiedad el violinista clava la mirada en lo que se supone que sea la puerta. Está suspenso,

en la escalera del sitial, con el puñal en la derecha. Renata sentada. El chino de pie, en la cúspide del sitial, impasible.)

SANTIZO. ¡Es ella!

(Se acercan los pasos, son indecisos. Crece la ansiedad en el violinista. Entra un borracho tambaleándose. Observa el sitio. No es lo que buscaba. Se ha equivocado. Se marcha sin decir una palabra. La emoción golpea al violinista, que busca apoyo con su mano izquierda en los peldaños del sitial. Su vista está clavada en la puerta. Se lleva el puñal al pecho. Pausa.)

RENATA. ¡Termina! ¡No vendrá!

(El violinista inmóvil no se atreve. Renata se decide. Se levanta y va hacia él. Lo observa. Después extiende la mano abierta y colocándola sobre la mano que sostiene el arma, suavemente le hunde el puñal en el pecho. El violinista rueda muerto sobre los escalones.)

PALMA. (Después del silencio de muerte con que finaliza la escena anterior lanza un débil grito.) Ha sucedido algo terrible. ¡Déjame! ¡Se ha matado un hombre! ¿No oías?

JOSÉ. Nada oí. No te preocupes. Lo que importa es que te quiero, que te tengo en mis brazos, que eres mía...

CHINO. (Baja. Trata de no tropezar con el muerto. A Renata.) Busca al policía, dile que aquí se ha matado un hombre. (Se va Renata. El chino queda de pie en la puerta abanicándose.)

PALMA. (A José.) ¡Déjame! ¡Quieroirme de este lugar! ¡Tengo miedo.

JOSÉ. No me abandonarás ahora. En estos lugares ocurren cosas extrañas. Nadie les da importancia... Ruidos extraños... gente que sale... gente que entra...

PALMA. ¡Se ha matado un hombre!

JOSÉ... ¿Qué nos importa que se haya matado un hombre si nosotros nos amamos?

PALMA. ¡Déjame! ¡Sepárate de mí!

(Entran Nena la Rubia, Alameda y Caridad alarmadas.)

CHINO. Ahí está... ¡Se mató!

NENA. ¡El violinista! ¡Hagamos algo! ¡Tal vez viva aún!

CHINO. ¡Ya está muerto!

PALMA. Quieroirme... ¡Sepárate de mí! ¡Tu carne me quema!

JOSÉ. ¡Te amo! ¡Te amo!

PALMA. ¡Me quemas! ¡Quiero irme!

(Entra Renata.)

RENATA. Avisé al policía... que nadie se acerque al muerto.

PALMA. ¡Déjame! (*Lucha por desasirse de los brazos de José.*)

JOSÉ. ¡Un beso! ¡Y otro! ¡Y otro! Eres mía ya... ¡Para siempre! ¡Estás marcada! ¡Tu tatuaje! ¡Te amo!

PALMA. ¡Déjame! ¡Déjame! ¡Bestia! ¡Bestial!

(*Lucha. Palma logra desasirse. Se levanta. Enciende la luz, cubriéndose el pecho desnudo. Sale de la habitación vacilante y busca apoyo y descanso en los escalones del sitial, junto al muerto.*)

JOSÉ. ¡Vuelve a mí! ¡No me abandones!

PALMA. ¡Basta ya! Robert, ha terminado todo...

(*Robert se adelanta hasta el centro de la escena.*)

PALMA. Espera, no des órdenes aún. Déjame descansar unos segundos. (*Actitud de descanso y recuperación en Palma. Su vista se clava en un punto. Se entrega a él intensamente.*)

Oscuro y

TELÓN

TERCER ACTO

El mismo lugar. La acción prosigue en el punto de interrupción. La misma colocación de personajes menos Robert, que está en otro sitio, y Santizo, que sentado junto a Palma, donde cayera muerto el violinista, se limpia y arregla la ropa estropeada en la caída. Hay cansancio en los personajes. Todos sienten algo del fracaso y la frustración, menos José. Renata ha desaparecido. Ya no ilumina al chino la luz del spot-light.

ROBERT. (*Adelantándose de nuevo hasta el centro de la escena. Consultando el reloj.*) Tu dirás, Palma. Se hace tarde.

PALMA. (*Después de una pausa.*) Puedes comenzar. (*Se levanta cansada y aturdida aún. Medio mutis.*) Con rapidez, Robert. Que todo quede como estaba. Han estropeado el piso y las paredes. Recomiendo mucho cuidado.

(*Se va, cansada y vacilante.*)

ROBERT. No veo que hayan estropeado nada... (*Por el piso.*) ¡Bah, unos rasguños! (*A los trabajadores.*) ¡Apresúrense! Saquen primero el material eléctrico. Juana, conduzca a estos señores al despacho para que reciban sus honorarios.

(*Salen Juana, Caridad, Alameda, Nena la Rubia y el Placero.*)

SANTIZO. (*Que ha terminado la limpieza de su traje.*) ¡Qué escalones! ¡Sucios! ¡Llenos de pintura! Lo he decidido: jamás actuaré en una obra donde tenga que subir o bajar escalones hechos por ti... ¡Siempre quedan estrechos! ¡Siempre inseguros!... Por tu culpa sufriré algún día un accidente en la escena.

ROBERT. Y esa preocupación te impidió hacer de tu violinista una labor genial... ¡Siempre lo mismo! Alguien o algo a quien echar la culpa. (*A los utileros.*) ¡Llévense el sillón! (*A Santizo.*) Te conocemos bien. Ahora son los escalones... Cuando no es un catarro, es un disgusto con el sastre... Esta vez no tienes necesidad de esas tonterías... ¡Estuviste espléndido!

SANTIZO. (*Halagado.*) ¿Es cierto, Robert? ¿Crees que convencí?

ROBERT. Convenciste. Eres un actor.

SANTIZO. Dime, la línea plástica de la caída...

ROBERT. Excelente. Pero déjame trabajar ahora. (*Al chino*): Qúitese esa blusa y entréguela al utilero... (*El chino obedece. Conserva el abanico. Se va. Quedan en escena: Santizo quitándose el maquillaje, Robert y los empleados trabajando en el desmonte y arreglando la escena, que ha de quedar como el inicio de la comedia, en el fondo, de pie, José el Mexicano.*)

SANTIZO. Siento que he realizado una labor genial; hablaré con Palma. Es preciso que pueda mostrar al público y a la crítica mi interpretación del violinista. Esa situación dramática de la posada es soberbia... El amor y la muerte, almas enfermas que buscan la amplitud de los astros para desbordar entre ellos un exceso de espiritualidad... Una rompe la cárcel que es la vida... otra que ansía libertad, halla en el orgasmo sensación de esclavitud. ¿Por qué huyó Palma de los brazos de José? ¿Estaba indicado?

ROBERT. El libro termina en las últimas palabras de Renata: «Que nadie se acerque al muerto». En cuanto al diálogo de Palma y José, casi todo una improvisación, en muchos momentos iguala al consignado en el libro. Ha sido un éxito de identificación.

SANTIZO. No le conocía a Palma ese desequilibrio...

ROBERT. Cuando intimaste con ella ya había aprendido a disimular sus extravagancias... Ya estaba unida a Sergio y visitaba el salón de belleza de René... Parece que ahora ha querido despedir al diplomático con una exhibición espectacular de su «vuelta al camino andado».

SANTIZO. Jamás creí que Palma, tan distinguida a veces, hubiera tenido unos inicios tan... oscuros.

ROBERT. (*A los trabajadores.*) ¡Aprisa! ¡Aprisa! Ya es muy tarde y todos queremos descansar. (*A Santizo.*) Deja esos comentarios para mañana... Te invito a comer.

(*Entra Nena la Rubia.*)

NENA. (*Entrega una tarjeta a Robert.*) Robert, tenga usted la bondad de hacerme una visita.

ROBERT. ¿En qué puedo serle útil?

NENA. Quiero utilizar su imaginación y charlar con usted. Es usted muy simpático.

ROBERT. ¿Algún negocio teatral?

NENA. Bastante teatral; un establecimiento de mi giro. Quiero que usted decore las habitaciones.

ROBERT. No sé si molestarle o darle las gracias.

NENA. ¿Molestarse? Entonces no conoce usted todas las posibilidades de su oficio.

ROBERT. En otro momento le contestaré. Ahora estoy muy ocupado. ¡Y Santizo oyendo!

SANTIZO. Nena, ¿hace mucho tiempo que conoce usted a Palma?

NENA. Un mes. Sus investigaciones la pusieron en contacto conmigo. Es una buena amiga. Espléndida. Sabe gustar.

SANTIZO. ¿Qué efecto le produce?

NENA. Pues no sé... Estoy habituada a juzgar a mis amigas desde un punto de vista profesional, y en este aspecto Palma conserva ciertos atractivos, lucrativos si los emplea con oportunidad y moderación. Por supuesto que considero un error que se separe de Sergio. Hoy todavía Palma puede ser un éxito, de salón exclusivamente, claro está.

SANTIZO. Me interesa Palma.

ROBERT. Cuidado, que José puede escuchar.

SANTIZO. No decimos nada que todos no sepamos. Lo de esta noche la descubre como una mujer de sentimientos elevados.

NENA. Es algo novelesca. Eso la daña.

ROBERT. Según la definición de Daudet estas mujeres pierden su personalidad en el trasiego de tantos amores. ¿Cuándo son ellas? ¿Dónde son ellas? ¿Quién lo sabe? ¿Lo sabe usted, Nena?

NENA. No. Por suerte mi experiencia es más simple. Pero supongo que «estas mujeres» son iguales a todas las mujeres; sólo las distingue una mayor o menor habilidad para colocar sus encantos.

SANTIZO. (*A Robert.*) ¿No crees en su sinceridad?

ROBERT. No sé qué decirte... ¡Como ahora están de moda las complicaciones psíquicas!

(*José atiende a las últimas frases. Se acerca a los que hablan. Ingenualmente.*)

JOSÉ. ¿Hablan ustedes de Ella?

ROBERT. (*Confuso.*) No. No hablamos de ella... No hablamos de nadie en particular...

JOSÉ. ¡Es muy hermosa! (*Se sienta. Hay un silencio embarazoso. Robert, Nena y Santizo no saben qué decir.*) ¡Es como yo deseaba que fuese!

NENA. Y usted... ¿la está esperando?... Puedo darle algún recado de su parte. Palma está muy cansada.

JOSÉ. Tenemos que hablar mucho esta noche. ¿Sabe usted? ¡Después de tantos años!

(*Continúa el embarazo en los tres personajes citados. Se hacen señales de inteligencia.*)

SANTIZO. Ya he terminado. ¿Y el violín?

ROBERT. Pídeselo al utilero que se lo llevó.

(*Se va Santizo. Entra la criada. Se acerca a José.*)

JUANA. La señora le suplica que la perdone. Se encuentra muy cansada y se va a acostar.

(*Silencio. José sorprendido. La criada no acierta a volverse. Robert, para romper la situación enojosa, da las últimas órdenes. La criada al no ver en José ademán de despedida, decide salir.*)

JOSÉ. (*Deteniéndola. Titubeando. Voz implorante.*) Dígame usted... haga el favor... dígame usted... que yo deseo verla... que se lo ruego.

JUANA. (*Mal humor.*) La señora está muy cansada.

NENA. Esta excitación nerviosa acaba con ella... Le hará mucho daño. Le hemos recomendado que descanse.

JOSÉ. (*A la criada.*) ¿Se lo dirá usted? Dígame... que se lo ruego.

JUANA. Está bien. (*Se va.*)

(*Queda José clavado en su asiento con los brazos en las rodillas, buscando un descanso para sus ojos. Siente la hostilidad de aquel ambiente extraño. Incómodos, Nena y Robert no saben de qué hablar.*)

NENA. (*Encontrando un tema.*) De modo, Robert, que está usted comprometido conmigo. Espero su visita.

ROBERT. Acepto en principio. Ya discutiremos el asunto. Pero, eso sí, ni una palabra a Santizo.

NENA. Ni una palabra.

(*Continúa el embarazo. Al fin aparece Palma.*)

PALMA. Robert, ¿cuidaste de que no estropearan las paredes y el piso?

JOSÉ. ¡Palma!

ROBERT. Todo se hizo lo mejor que se pudo.

PALMA. (*A Robert.*) ¡Mira qué golpe! ¡Qué gente más poco cuidadosa! Veremos mañana a la luz del día.

ROBERT. Sí, deja las incomodidades y los escándalos para mañana. Hoy has tenido mucho desgaste físico. (*Se va.*)

(*Palma se sienta lejos de José. Espera que hable. Nena la Rubia, comprendiendo que molesta, decide marcharse.*)

PALMA. (*A Nena.*) No se vaya usted, que no estorba. (*Una pausa. A José sin mirarlo.*) Usted dirá.

(*Pausa. José se levanta. Comprende que ha perdido su bien. Se acerca a ella, se inclina y le besa una mano devotamente. Se yergue, mira cuanto le rodea, un suspiro de desaliento. Se dirige a la puerta. Palma no se vuelve.*)

JOSÉ. (*Desde la puerta.*) «¡Usted dirá!»... Con esas palabras termina la conversación que iniciamos hace veinte años en un parque... «parece que va a llover»... ¡Qué lejos está aquella noche! ¡Me parece ver aún las hojas secas arrastradas por el viento! ¡Cuántos sueños hermosos! ¡Cuántas promesas! Y el fin de todo, un «¡usted dirá!»... Nada tengo que decirle sino ¡adiós! Y que me es doloroso arrancarme de aquí... porque aquí se queda mi alma.

PALMA. (*Sin volverse. Sin marcada acritud.*) Mucho tiempo pudo usted vivir sin... su alma.

JOSE. Te buscaba siempre...

PALMA. ¿Dónde me buscaba usted? ¿Dónde creyó poder encontrarme? ¿En un rincón de las bodegas de su barco? ¿En las aguas? ¿Entre las nubes?

JOSÉ. Siempre estabas tras esa línea en que se juntan el mar y el cielo, ese punto de la inmensidad que jamás alcanza la nave por velera que sea...

PALMA. Yo lo esperaba a usted en un puerto... Y usted me buscaba en el mar, entre las nubes...

JOSÉ. No sabía que fueras tú lo que buscaba. Una extraña inquietud me impedía hallar la felicidad en algún sitio. No hubo seno de mujer que pudiera brindarme reposo... Y me lanzaba a los caminos, al mar... en busca de esa forma peregrina de la dicha que yo imaginaba. Esta noche he comprendido que lo eres tú... Que eres para mí la mujer que todo hombre lleva en su corazón... La evocación de aquellas horas que pasamos juntos ha desbordado mi ternura. He vuelto a sentirme niño. Después de veinte años he gozado otra vez del sosiego de una satisfacción plena, como sólo puede brindarla el amor.

PALMA. Ese amor que es el raro encuentro de las almas fraccionadas que no deben separarse nunca. *(Pausa.)* ¡No debimos separarnos! ¡Debí insistir para que usted no partiera! ¡Debí marcharme con usted! ¡Cómo sospechar entonces que fuera tan frágil la voluntad! Entréguese algún día al pensamiento de lo felices que pudimos ser y lo hará llorar el desconsuelo... He llorado mucho pensando en lo que soy y en lo que pude ser... con usted... los hijos... la familia... ¡el hogar! ¡Cosas vanas! Me hizo usted mucho daño, amigo mío... Me lanzó usted a todas las irregularidades. Su conducta mutiló mis instintos más nobles... Mi vida ha sido una terrible equivocación. Este resentimiento explica la inconsciente aspereza con que alguna vez lo he tratado.

JOSÉ. Conozco ese escondido manantial de ternura que hay en ti.

PALMA. Tuvo ese privilegio... Pero poco estimó usted la donación que tan pródigamente se le hizo. En cuanto a mí, fui fiel al ideal: mi mayor satisfacción en la vida... «Te amaré siempre, te buscaré siempre... a todas horas...» *(Pausa.)* ¿Y su barco? ¿Se hundió? ¿Se encontraba usted, siete días después de nuestro encuentro, en un reposo obligado en el fondo del mar? No conteste. No quiero mentiras ni disculpas. Comprendo que a los veinte años una aventura amorosa no es otra cosa sino una bella flor que se lleva en los labios.

JOSÉ. Eres cruel.

PALMA. Con los años nos hacemos buenos peritos de la vida... Es triste que sólo podamos justipreciar una prenda cuando la hemos perdido... Pero el camino andado ¡andado está! *(Pausa.)*

JOSÉ. Quiero saber... antes de irme... por qué me buscabas.

PALMA. *(Después de una pausa se ha decidido a contestar.)* Le reconozco el derecho a saberlo. Usted no ha recibido dinero por sus servicios... *(Transición. Amablemente.)* Nena, ¿quiere usted salir?

(Se va Nena la Rubia. Se levanta Palma. Va hacia la puerta del jardín. Mira hacia el exterior. Vuelve hacia el proscenio. Y sin mirarlo:)

PALMA. La promesa de buscarte siempre, a todas horas... Hé ahí la respuesta. Fue como una marca de agua, indeleble, que se quedara estampada en mí. ¿Concibes un tatuaje del espíritu? Definiste el tatuaje como una cicatriz que acaricia el marino en la soledad del mar. Tuve mi soledad y mi cicatriz acariciada... Fue un modo de poseerte... ¡Cuánto daño me has hecho! En esa búsqueda me inicié en la voluptuosidad del dolor. Enferma de tanto amar, de tanto esperar, de tanto sufrir, me hundí en el paraíso de los espíritus atrofiados... ¡El placer de la autoflagelación!

JOSÉ. Cuando te conocí mirabas las estrellas desde el banco de un parque desafiando la amenaza de la lluvia; pensabas en «cosas bonitas»... Ya estabas enferma... Viste en mí un ente fabuloso, un pájaro enorme con inmensas alas de terciopelo negro... Sé justa: no me acuses del atropello de tu sensibilidad.

PALMA. Me espanta la idea de que puedas tener razón. Quiero creer que has sido el causante de mis desdichas.

JOSÉ. Aquella noche necesitaste unos brazos fuertes y amorosos que destruyeran tu fantasía y te hicieran sentir el calor de la tierra. ¡La tierra es hermosa! ¡La vida es hermosa! Vagar entre los astros es bello, pero es bello también vivir entre los hombres y dejar detrás esa huella de nuestro paso por el mundo que son los hijos... Me tuviste en ese instante crucial de tus quince años cuando te abrías al amor. Por eso me amaste, por eso me amarás hasta que mueras... porque soy para ti la muerte de esos fantasmas infecundos que te cercan. Pero no es tarde: ¡Nunca es tarde! Me has hallado de nuevo... ¡No permitas que sea estéril tu búsqueda! Te salvaré. Nos salvaremos. Mi brazo es fuerte. Aprovecharé esos soplos tardíos de la primavera que se ha marchado para construir la casa de nuestros hijos. ¡El pasado ha muerto! Un paréntesis de veinte años que recordaremos como una pesadilla. No me lances de nuevo a la soledad.

¡No me abandones! *(El ha caído a los pies de la mujer y esconde la cabeza en su seno. Pausa.)* ¡Respóndeme!

PALMA. *(Con firmeza.)* Es inútil... Me has tenido en tus brazos hace un momento... ¿No lo comprendiste? Ya estoy muerta para el amor... Has llegado tarde.

(Se desprende de él sin violencia. Llama a la criada. Callan los dos. Sin mirarse. Entra la criada.)

PALMA. El señor se retira. Acompáñelo.

(Se sienta en el diván. José no insiste. Tiene sentido de lo irremediable. La criada espera. Se marcha José y desde la puerta:)

JOSÉ. Adiós, Palma.

PALMA. Adiós, José.

(Salen José y la criada. Queda un vacío en la escena. Palma cae sollozando en los cojines del diván. En un llanto histérico que la aboga. Entran Sergio, Robert y Nena la Rubia. Se colocan alrededor del diván.)

SERGIO. Ahora crisis de llanto.

ROBERT. Buen desahogo para terminar una jornada de emociones violentas.

NENA. Necesita descanso. *(A Palma.)* Amiga mía, volveré mañana

PALMA. *(Sollozando aún.)* No me dejen sola... Ahora menos que nunca. No se vaya usted, Nena. La necesito... ¿Y el chino? ¿Dónde está el chino? *(Nena se sienta junto a Palma en el diván.)*

ROBERT. La Silenciosa se fue... No iría lejos. El chino salió a buscarla.

PALMA. ¡Se fue otra vez la Silenciosa! Y te recomendé, Robert, que la vigilaras. ¿Despediste a la gente?

ROBERT. Todos se han ido. Comentan y agradecen tu liberalidad. Todo está en orden. Como si nada hubiera sucedido. *(Pausa.)* Ahí está tu chino con la Renata.

(Entran el chino y Renata. Aquél trae su abanico. Renata se sitúa en un rincón de la sala.)

CHINO. *(Incómodo a Renata.)* Tú te escapas... Capitán no sale a buscarte otra vez... y ella huye siempre... Capitán no quiere... Capitán está cansado... Capitán quiere irse a dormir.

PALMA. *(Al chino.)* Ya descansarás. Ahora ven, siéntate a mi lado...

CHINO. *(Muy molesto, sentándose en el diván entre Palma y Nena, sin dejar de abanicarse.)* Sé lo que vas a decirme... Pero capitán no recuerda... Te lo dije... Tú gastas dinero por gusto... Capitán no recuerda.

PALMA. Ya recordarás. Ahora está cansado... mañana tal vez... Tengo un dolor de cabeza atroz... *(Gritos.)* ¡Juana! *(Transición.)* Tiene que recordar. El es íntimo amigo suyo... Usted nos vio aquella noche... Tiene que decirme quién es... dónde está... dónde puedo encontrarlo...

CHINO. Capitán no recuerda...

PALMA. *(Grita histérica.)* ¡Tiene que recordar! ¡Tiene que recordar! *(Transición.)* ¡Qué jaqueca terrible!

(Una pausa. Entra la criada.)

SERGIO. Juana, haga el favor, la bolsa con hielo para la cabeza de la señora.

TELÓN